



colmena

universitaria

48 - 49



colmena

universitaria

PUBLICACION DE LA UNIVERSIDAD DE GUANAJUATO

Año 9 / números 48 y 49 Mayo - Agosto de 1980

DIRECCIÓN: LUIS RIONDA ARREGUÍN

sumario

- Discurso pronunciado por el Lic. Néstor Raúl Luna Hernández, Rector de la Universidad de Guanajuato, el 29 de marzo de 1980 con motivo de la inauguración de la XVII Semana Cultural y Feria del Libro* 3
- El Tema de Dios en Agustín de Hipona* 8
Mario Ruiz Santillán
- Presencia y Poesía de Grecia* 18
Agustín Basave Fernández del Valle
- Historia en Cinco Tiempos* 29
José Morales Barbosa
- Transpersonificación de Don Quijote y Sancho* 37
Antonio Pompa y Pompa
- Ciudades y Villas del Bajío* 45
Luis González y González
- Los Jesuitas, Precursores Ideológicos de la Nacionalidad Mexicana* 56
Aurora Jáuregui de Cervantes
- Visiones de Guanajuato* 73
Isauro Rionda Arreguín

Discurso pronunciado por el Lic. Néstor Raúl Luna Hernández, Rector de la Universidad de Guanajuato, el 29 de marzo de 1980, con motivo de la inauguración de la XXII Semana Cultural y Feria del Libro.

*Lic. Enrique Velasco Ibarra,
Gobernador Constitucional del Estado.*

*Lic. Eugenio Trueba Olivares,
Presidente del Tribunal Superior de Justicia.*

*Lic. y Dip. Miguel Montes García,
Presidente de la Gran Comisión de la Legislatura del Estado.*

*Ing. Edgardo Meave Torrescano,
Presidente Municipal de Nuestra Ciudad.*

Jóvenes Estudiantes,

Señoras, Señores.

*EN ESTA PLAZUELA
legendaria, cuya imagen es conocida en el mundo intelectual y cuyo recuerdo reposa en innumerables personas de todos los confines del planeta, tenemos el agrado de volver a iniciar un evento, que por la magnitud de su intención cultural, atrae gran cantidad de espí-*

Colmena

UNIVERSITARIA 3

ritus ávidos de encontrar en nuestros bellos rincones la conjunción del presente con el pasado, y mantener el eterno diálogo que implica el reconocimiento de nuestras raíces a través de nuestro patrimonio cultural.

Venir a Guanajuato en esta época del año, cuando el impacto de la primavera viste de gala a la naturaleza, y el espíritu se vigoriza al comienzo de esta nueva etapa cíclica, es motivo de profunda emoción y de un júbilo que se adueña por completo de nosotros y lo predispone a las más elevadas concepciones. En esta hermosa ciudad y en sus monumentos, calles y callejones, se forma un ambiente festivo, en el que huéspedes y anfitriones nos vemos trasladados a un mundo, ideal, donde la confraternidad y el placer estético son

los vínculos estrechos que nos unen en la búsqueda y encuentro de lo esencialmente humano.

El espíritu de Cervantes, padre de nuestro idioma, volverá a manifestarse con gran fuerza entre nosotros; sus personajes cobrarán vida nuevamente, al conjuro del arte de aquellos que fueron señalados por la naturaleza para ser en vínculo permanente con el hombre eterno. Los actores, retrocederán en el tiempo y volverán a hacer vivir los caracteres humanos que motivaron el genio de nuestra raíz hispana.

Las voces jóvenes de los universitarios guanajuatenses se entonarán para lanzar al aire el producto de la genialidad de sus ancestros, que al igual que nosotros tuvieron la fortuna de nacer y vivir al amparo de

este cielo y al abrigo de esta circunstancia humana, ya que su vida ha sido enriquecida con las más elevadas prácticas en el campo del patriotismo y la cultura, y que nos hará estar seguros que cómo lo afirmó usted, señor gobernador, consumirán su vida en la tarea de poner su fe en México y en las generaciones que vienen.

Nacer y vivir en Guanajuato y exaltar sus valores excelsos es el objetivo principal de este pueblo reconciliado siempre en lo humanamente supremo. Ríos de hombres y mujeres circularán por nuestras plazas y tomarán en sus manos la herencia inmortal de los hombres que alcanzaron la dimensión de lo perenne y a quienes conservamos y honramos en sus textos, como tributo supremo de la humanidad a los que la encarnan y más dignamente la representan.

Este año, como desde hace muchos otros, en esta época la Universidad de Guanajuato programa su Semana Cultural y en ella la Feria del Libro, para que las almas de los jóvenes guanajuatenses y de otros estados sigan acrecentando su acervo cultural, ya que al contrario del poeta alejandrino creemos que el libro siempre es y será un gran bien y el mejor medio de comunicación que tiene el hombre.

Cervantes se aventuró por una vía nunca antes transitada en su género, con un libro que cambió un estilo de vida y sentó una cultura literaria no superada aún. Nosotros seguimos conservando nuestras tradiciones y seguimos creyendo que la cultura es lo mejor del espíritu humano.

Muchas Gracias.

Colmena

UNIVERSITARIA 7

El Tema de Dios en Agustín de Hipona

MARIO RUIZ SANTILLÁN

EL FILOSOFO EXISTENCIALISTA contemporáneo Karl Jaspers, en su libro "La Filosofía" dice: *"Agustín es con sus obras la fuente de donde mana hasta hoy todo pensar que indaga el alma en sus profundidades. Aquí se encuentran las numerosas e inolvidables fórmulas en que se hace palabra la intimidad que falta en la filosofía antigua"*.

Algo de intimidad, o al menos interioridad, a pesar de Karl Jaspers, había ya en la sugerencia socrática de buscar la verdad en el propio interior, y de producir la verdad en los demás (enseñanza) no dándosela, sino provocándolos para que ellos se hicieran conscientes de tenerla en su interior. Por lo tanto, el maestro no proporciona la verdad, sino sólo ayuda a darla a luz. La partera —oficio de la madre de Sócrates— no proporciona a la madre un hijo, sino sólo la ayuda a darlo a luz, y el hijo brota del interior de la madre, la enseñanza no es transmisión, sino obstetricia (Mayéutica).

Sócrates, en cuanto a influencia filosófica, engendró a Platón. Platón engendró a Plotino. Y Plotino a Agustín.

La interioridad de Sócrates: la búsqueda de la verdad en el propio interior, se convierte en Platón en una matizada ascensión dialéctica de auto-purificación ha-

cia la Idea de Bien; en Plotino son los peldaños purificadores del Regreso, que hacen al hombre remontarse hasta el Uno inefable, en el éxtasis filosófico; en San Agustín en el ascenso gradual de lo inferior a lo superior hasta la Verdad Subsistente y Beatificante.

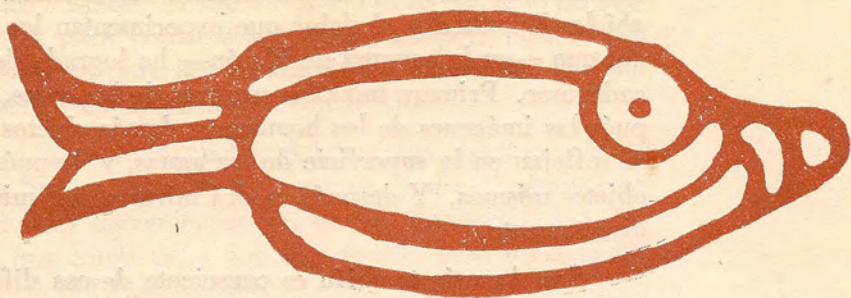
Su demostración de la existencia de Dios no es otra cosa que ese recorrido ascensional. El mismo lo describe en sus "Confesiones", en una clara síntesis:

"Porque buscando yo la norma por donde apreciaba la hermosura de los cuerpos, tanto celestes como terrestres, y la regla que se presentaba a mi espíritu para juzgar exactamente de las cosas mudables y decir: Esto debe ser así, aquello no; buscando, pues, la razón de juzgar cuando así juzgaba, hallé sobre mi inteligencia mudable la inmutable y verdadera eternidad de la verdad. Y así, de un escalón en otro, subí de los cuerpos al alma que siente por medio del cuerpo; y de aquí al sentido íntimo al cual los sentidos externos anuncian los objetos exteriores, y hasta el cual pueden llegar los animales brutos. De aquí nuevamente a la potencia racional, a la cual pertenece juzgar lo que ha estado en los sentidos del cuerpo. Esta, hallándose a sí misma mudable, se elevó a su propia inteligencia, y se separó de su modo acostumbrado de pensar, sustrayéndose al tropel de imaginaciones contradictorias, para ver qué luz era aquella que la alumbraba cuando sin ninguna duda clamaba que lo inmutable debe ser preferido a lo mudable; ya que, si de algún modo no lo conociese, de ningún modo lo antepondría con certeza a lo mudable. Y llegó a AQUELLO QUE ES, en un relámpago de la mirada temblorosa".

En este maravilloso texto, se percibe fuertemente la analogía con aquella ascensión que Platón pone en boca de Sócrates y Diótima en el Banquete, hablando del Amor y de la Belleza:

“Acaso tu espíritu penetre en lo que te he declarado de los misterios del amor: pero si quieres ir hasta la fuente, y penetrar en lo que contienen de más sublime, dudo que lo consigas sin trabajo . . . Es preciso, primeramente, que el que se encamine hacia ese Amor celeste, y a él es conducido por un camino recto, se acostumbre a contemplar las bellezas naturales y que conciba que aquella a quien él ame en particular, no es más que una especie cuyo género es la belleza universal, y que sería absurdo creer que todo lo que es bello no es una PARTICIPACION de esa belleza universal . . . Después se eleva uno hasta conocer que la belleza del alma es más excelente que la del cuerpo . . . Por ese camino se acerca uno a la belleza invariable, la cual reside en las leyes y en los deberes, en comparación de la cual, la del cuerpo, supeditada a cambios, es despreciable. También se la admira en las ciencias. Y entonces, lejos de quedar sometido, como un esclavo, a los atractivos de alguna joven, se hunde uno en la belleza universal . . . Quien haya seguido este orden . . . y, después de recorrer todos los grados de la belleza, ha llegado a los límites del amor, contemplará esta belleza que subsiste por sí misma, sin tener que acabarse, como tampoco tuvo comienzo . . . cuya perfección es completa e invariable . . . Debe ser concebida simplemente en sí misma, sin mezcla alguna; existiendo independientemente de todo y exenta de toda alteración; comunicándose a las naturalezas particulares sin que





el cambio ni la ruina de éstas produzca en ella perjuicio ni aumento... ¡Oh qué maravilloso espectáculo el de esa belleza divina, pura, simple, entera, perfecta, sin mezcla de cuerpo ni de colores, e inaccesible a todas las miserias que corrompen los bienes terrenales!”

“Todo lo que dice Platón, vive en San Agustín: Quidquid a Platone dicitur, vivit in augustino”. Pero sobre todo, “San Agustín representa en acto lo que en Platón era sólo tendencia y posibilidad. San Agustín es el hombre que ha realizado plenamente la purificación moral que consideraba Platón como condición necesaria para elevarse a Dios”.

En sus Confesiones, San Agustín ha descrito paso a paso esa marcha ascendente, que Platón llama Dialéctica, pero en San Agustín es una crónica de hechos vividos y palpables, con fechas y lugares, en momentos concretos de su vida, que propone él como una posibilidad de ascensión para sus lectores.

Se ha pensado con acierto que esta ascensión Platónico-Agustiniana es la verdadera Inducción —la Epagogé aristotélica— que es un recorrido, un camino (método) por el que el hombre parte de lo inmediatamente observable y se remonta, impulsado por el amor, has-

ta las realidades más altas, las cuales, desde luego, son difícilmente perceptibles por nuestra inteligencia. De ahí la dificultad y el dolor que experimentan los ojos del que —en la caverna de Platón— ha logrado desencadenarse. Primero mira las sombras de las cosas, después las imágenes de los hombres y demás objetos que se reflejan en la superficie de las aguas, y después los objetos mismos. Y después, podrá mirar al sol mismo, directamente.

San Agustín también es consciente de esa dificultad, pues dice: *“Entonces, finalmente, conocí por la inteligencia de las cosas visibles, las que en Vos son invisibles. Mas no pude contemplarlas de hito en hito; antes, rebatida mi flaqueza, y vuelto a los objetos acostumbrados, no traía conmigo sino la amorosa memoria, y como el olor de un manjar que deseaba comer, mas aún no podía”*.

Ya Aristóteles había señalado que esas realidades supremas son difíciles de percibir intelectualmente, no porque sean oscuras, sino que precisamente su intensa luminosidad es la que nos parece excesiva y nos ciega como la luz del día ciega la mirada de los buhos. Santo Tomás de Aquino volverá a usar esta comparación.

Y Plotino —el neoplatónico e inmediato antecesor de San Agustín— tuvo sólo algunos momentos de este éxtasis filosófico de contemplación intelectual cara a cara al Uno inefable.

Quienes descubren en esa difícil ascensión intelectual la verdadera INDUCCION filosófica, ven en la inducción recomendada por Francis Bacon y popularizada hoy por todas las ciencias experimentales, solamente “aplicaciones triviales del método inductivo”.

Plotino describe la ascensión como motivada por el deseo del Regreso. Ya que todos los humanos traemos nuestro origen del Uno y podemos regresar a él

si nos remontamos paso a paso por medio de los grados de purificación: El primer grado es el esfuerzo de abstracción para volver a ser alma. Después el esfuerzo de intuición para ser inteligencia y por último el éxtasis para casi identificarse con el Uno.

Aunque la influencia del Neoplatonismo es evidente en San Agustín, históricamente, éste está situado en medio del Escepticismo de la 5a. Academia, la cual tuvo que combatir, y con una tardía, pero decisiva influencia del Cristianismo.

Por lo que respecta al escepticismo académico (heredero de Pirrón), San Agustín se vio en la urgencia de refutarlo precisamente porque para él (San Agustín) Dios es la Verdad Subsistente y Beatificante; es decir, como hemos visto, la fuente de toda verdad. Y los escepticos académicos negaban —como todo escepticismo filosófico— la posibilidad de alcanzar la verdad objetiva.

San Agustín les dedicó todo un libro: el “Contra Académicos”, y sus argumentos para refutar el escepticismo son célebres:

¿Cómo es que declaran imposible la adquisición de la verdad y a la vez se dicen sabios, es decir poseedores de la verdad?

¿Cómo es que hablan de duda, error, verosimilitud o probabilidad, si todo éso lo reconocemos sólomente porque lo comparamos con la verdad, y ellos dicen ignorarla? Es como si quisiéramos medir sin ninguna regla o medida.

Hay además, dice San Agustín, algunas verdades EVIDENTES, innegables, que no queda a nuestro capricho aceptar o rechazar y de las que no podemos dudar; es decir, se nos imponen. Y justamente aquí está la prueba Agustiniiana de la existencia de Dios:

El hombre parece ser la suprema realidad del mundo visible, pues es superior a la materia inerte y a los otros vivientes: las plantas y los animales.

Ahora bien, hay ciertas realidades que están por encima del hombre, pues se le imponen necesariamente, luego el hombre no es la suprema realidad, sino que hay una realidad superior a él; el mundo inteligible: la verdad.

San Agustín prueba primero la existencia del mundo inteligible y después de su fuente luminosa: Dios, Verdad Suprema.

Respecto a esas verdades evidentes e innegables, San Agustín enumera las siguientes:

Las Reglas de la Sabiduría tanto teóricas (los primeros principios lógicos) como prácticas (las normas morales básicas: la conciencia moral).

Sin los primeros principios lógicos de identidad y contradicción, ni siquiera es posible negar la posibilidad de conocer la verdad, ni las palabras tienen ningún sentido, pues ya no podríamos decir que una palabra significa esto y NO significa aquello.

Hay otra verdad que se nos impone con una necesidad impactante: la verdad de la proposición "yo existo". No queda a nuestra elección aceptarla o rechazarla, sino que se nos impone ineludiblemente. Es un impresionante ejemplo de verdad evidente e indudable. San Agustín escribe en su libro "De Trinitate" este magnífico razonamiento: "*Si dudo, si sueño, vivo. Si me equivoco, existo: ¿Cómo podría equivocarme al decir que existo, si es cierto que existo cuando me equivoco?*".

Sin duda, un razonamiento más profundo y más atrevido que el de Descartes, a pesar de que San Agustín lo escribió ¡doce siglos antes que Descartes! Porque

Descartes sale de su "Duda Universal" razonando así: "*Pienso, luego existo*"; mientras que San Agustín razona así: "*Dudo, luego existo*". La duda misma le impide dudar. No puede dudar de su existencia, pues en el momento en que dude, su existencia queda confirmada y resulta indudable.

También a semejanza de Descartes —Pero antes que Descartes— San Agustín recurre a las proposiciones matemáticas como otro caso de verdades evidentes e indudables, cuya evidencia no requiere confirmación por parte de los sentidos, pues los números no tienen color, ni sonido, ni olor.

Es pues claro que hay una zona inteligible que no está sujeta a la verificación sensorial y que se nos impone. Pues la evidencia no es otra cosa que la NECESIDAD de ser percibido intelectualmente; una como imposibilidad de rechazo por parte nuestra.

A este orden inteligible se asciende gradualmente por las perfecciones: Ser, Vida y Conocimiento, cada una de las cuales presupone a la anterior y la supera. La inteligencia humana sería así la suprema realidad, pues es la facultad de conocer. Pero ese mundo inteligible, por serle impuesto, se manifiesta superior a la inteligencia que es lo más elevado en el hombre.

Ahora bien, en el ámbito de lo inteligible nada es verdadero sino por la verdad. Dice San Agustín: "*Es nuestra intención adiestrar al lector en la contemplación de las creaturas con el fin de que pueda conocer a su Hacedor; y en nuestra búsqueda llegamos al hombre en lo que tiene de más noble sobre los animales, es decir su razón o inteligencia y cuanto pueda enunciar del alma racional e intelectual, siempre que pertenezca a esa realidad que llamamos mente o ánima. . . Si por encima de esta naturaleza, buscamos aún algo y buscamos la verdad y encontraremos a Dios, esencia increada y creadora*".



Thonnard sintetiza la formulación que el propio San Agustín hace de esa misma prueba en su "De Libero Arbitrio", de la siguiente manera: *"Si existe una realidad que domine nuestra razón, Dios existe. En efecto, según la opinión general, Dios es el Ser supremo que domina el universo; pero nuestra razón es ya en cierto modo dominadora del universo, al juzgar como señora los seres y las fuerzas naturales o animadas que ellos contienen. Luego, si una realidad domina nuestra razón, con mayor razón dominará al universo; y se presenta esta alternativa: o no tendrá ningún superior y será el ser supremo: Dios; o estará sometida a un ser superior y éste será el ser supremo; de cualquier modo, Dios existe. Ahora bien, las verdades o realidades del mundo inteligible dominan nuestra razón, como lo inmutable supera a lo mudable y la regla a lo medido. Luego Dios existe y en él se realiza ese mundo inteligible que domina nuestra razón"*.

Sólo falta ahondar en las diferencias entre San Agustín y Plotino.

Para Plotino el Uno es más bien algo que alguien. Para San Agustín, Dios es claramente un ser Personal.

Para Plotino, el Uno es inefable e incognoscible. Para San Agustín, por lo visible podemos, aunque con esfuerzo, conocer algo del Dios invisible.

Para Plotino, el Uno produce al universo necesariamente y por emanación, la cual es una como prolongación del propio ser (Plotino es "Panenteísta", como dice Krause). Para San Agustín, Dios produce al universo libremente y por creación, o sea a partir de la nada, dándole todo el ser.

Sin embargo, el ansia de Regreso al Uno en Plotino, que remata en la unión con él y proporciona el éxtasis, tiene su eco en San Agustín en forma de diálogo apasionado que muestra la parte del agustinianismo que rebasa a la filosofía, y también ejemplifica el dicho de Unamuno de que la Poesía y la Filosofía son hermanas gemelas: *"Nos hiciste, Señor, para Ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en Ti"*.



Presencia y Poesía de Grecia

DR. JUR. DR. PHIL.

AGUSTÍN BASAVE FERNÁNDEZ DEL VALLE,

Rector de la Universidad Regiomontana.

SUMARIO: 1. - Exaltación de Atenas. 2. - En las Islas Griegas del Mar Egeo. 3. - Vivencias de Grecia.

1. - EXALTACION DE ATENAS

MI ESTRELLA NO ha querido que contemplase Atenas en toda su gloria. Pero la he visto —septiembre de 1973— en la plenitud de toda su belleza antigua y actual. Hay una dulzura especial del cielo griego, una luz ática que traslada suavidad y nitidez a las cosas. Me explico ese sentido apolíneo, esa mesura del griego clásico. Me dirijo ávidamente hacia la Acrópolis desde mi lejano hotel en Glyfada. La recorro solo, en medio de muchos turistas —sobre todo alemanes —esperando que emerja, desde el hondón de mi alma, el eco de la cultura griega. Porque los griegos, en cierto modo, somos nosotros, los occidentales. La cumbre de Atenas está en esta colina, en esta plataforma rocosa coronada de mármoles. Es también la cumbre de la arquitectura universal. Armonía de líneas, de columnas, de masas arquitectónicas. No podía elegirse un lugar mejor para enseñar al mundo lo que puede el genio plástico de los griegos. Grandiosidad y mesura en extraña —casi milagrosa— conjunción. Materiales seleccionados con exquisito gusto. Entramos por los Propileos, construido por Mnesicles como simple vestíbulo encuadrado de pórticos maravillosamente proporcionados. ¡Materia y ordenación! Lo demás sale sobrando. Ni siquiera hizo falta una escultura. Mármol blanco y untuoso que retiene la luz.

Colmena

UNIVERSITARIA 18

A la derecha de los Propileos se yergue el pequeño templo de Atena Niké, con sus líneas finas y ordenadas. Prosigo mi camino sobre la Acrópolis y el Partenón se engrandece, sin aplastarme, con su masa majestuosa. ¿Cómo describir este prodigio de flexibilidad, rigor y justeza? Fuste abombado de columnas. Columnata perpendicular que se inclina ligeramente hacia adentro. Pátina de oro mate difuminado en el mármol. Desde este “bosque de troncos dorados” contemplo Atenas en su llanura y en sus colinas. Me importa más vivir la gracia secreta del Partenón que revelarla. Me vienen a la mente y a la sensibilidad —ahora que escribo— aquellas estremecedoras, geniales palabras de Max Scheler: “Siempre que el hombre se siente removido y conmovido hasta en su último fondo por cualquier cosa —sea por el placer o el dolor—, no puede huir esa hora sin que el hombre levante sus ojos interiores espirituales a lo eterno y a lo absoluto y lo anhele en voz alta o baja, secretamente o en la forma de un grito aunque sea inarticulado”. Abajo está la ciudad moderna —tejados llanos y cúpulas bizantinas— que no puede entorpecer mis reflexiones. Es tan fuerte la sensación física de la belleza mundanal que levanto los ojos espirituales a lo eterno y a lo absoluto. Y mi afán de plenitud subsistencial —grito inarticulado— apunta a la Plenitud de plenitudes.

Treinta años después del Partenón se edificó el Erecteion. Pasamos —hay de por medio dos generaciones en términos orteguianos— de la arquitectura dórica (fuerza, majestad) a la arquitectura jónica (esbeltez, gracia). Rosas, palmas y perlas. Estatuas femeninas —las cariátides— de cuerpo robusto, de rostro expresivo, de espaldas ligeramente inclinadas y piernas extendidas bajo la túnica. La estatuaria griega anima la vida hasta el entusiasmo. Ahí está, como testimonio irrefutable, el friso del Partenón que ahora se conserva en el Museo Británico de Londres en su fragmento mejor. Se lo llevó Lord Elgin, como los marinos franceses arrebataron la Venus de Milo a los habitantes de la Isla. Pese a este tipo de saqueos, Atenas no carece de ri-

queza en sus admirables Museos. El Museo de Atenas atesora un gran Zeus cuyo rostro exhala alegría y cuyos brazos parecen querer abrazarnos; antigüedades micénicas —joyería, armas reales, vajillas, máscaras, objetos votivos, vasos griegos— ¡Qué imaginación tan varia y qué realizaciones tan seguras! Los vasos griegos —geométricos, simbólicos, fabulosos— presentan, en su diversidad de formas, colores y escenas, la felicidad de crear. Y cómo olvidar ese pintoresco Museo Binaki que ofrece, en generosa profusión, historia, pintura, vestido y folklore!



Los monumentos no escasean en Atenas. El Teseión es un templo clásico —posterior al Partenón— que, como Atenas, no cansa nunca. Silueta intacta, elegancia exacta, cánones que no se vulneran. Los teatros de Dionisos —época griega— y el Odeón de Herodes Atico —época romana— nos hacen evocar los grandes trágicos: Esquilo, Sófocles, Eurípides, cuyos estilos —que van de la gravedad primitiva a la delicadeza refinada— se corresponden, en alguna manera inimitable, con el dórico, el jónico y el corintio.

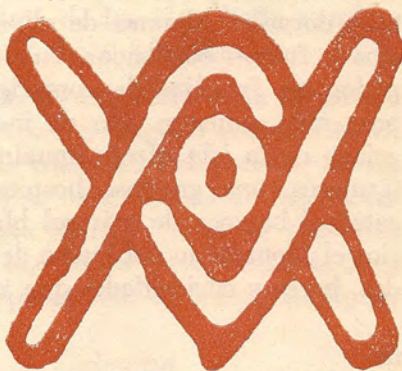
A la luz de una mañana septembrina contemplo los vestigios del Olimpeión, con sus altas y graciosas columnas corintias. Es la gran huella romana de Adriano estampada en un templo. Por la tarde y por la noche paseo por la ciudad moderna —ligera de espíritu, tradicional, amable— en sus animadas calles del Estadio, Hermes, Venizelos. Hoy, por supuesto, la calle del Estadio lleva el nombre de Churchill y la calle de la Academia se llama F. D. Roosevelt. En

la plaza de la Constitución —y en toda Grecia— podemos observar la vehemencia, la gesticulación y el “pathos” característico de los griegos actuales. En la comida y en la música está patente la influencia de los turcos. También en algunas costumbres. No en balde transcurrieron cuatro siglos de dominación. Pero Grecia reacciona y trata de avanzar, fiel a sus orígenes, con mayor pureza estilística. Visito hermosas iglesias ortodoxas y converso con sacerdotes griegos que muestran una amable apertura y me hablan de la paz de Dios.

Grecia —cuna de la Filosofía y factor decisivo en la cultura occidental— nos arrastra hacia el mejor gusto estético, hacia un entusiasmo exento de vulgaridad, hacia el instante feliz que pide eternidad, profunda eternidad.

2. - EN LAS ISLAS GRIEGAS DEL MAR EGEO

El Mar Egeo refresca y baña las costas de Grecia, abre caminos de fácil acceso a los marineros y ofrece un extenso abanico de rutas marinas. A las ocho y media de la mañana, nuestro barco Neraida parte de Piraeus —puerto de Atenas— rumbo a la isla de Hydra. Es una clara y radiante mañana. El sol extiende su luz de oro en el verde esmeralda del mar. Converso con una familia judía —padre, madre e hija— originaria de Libia, de nacionalidad italiana y de origen cefardita. Hay en ellos una sencilla y encantadora disposición a fraternizar. Daniela es una joven estudiante de Filosofía, en la Universidad de Milán, que preocupa a sus padres —judíos tradicionales en el nuevo y radical giro —materialismo dialéctico— que ha dado a su vida. Dialogamos—; Y no es cosa fácil dialogar con marxistas!— en plan



abierto, sereno y sincero. Ella misma declara que su materialismo no es dogmático. Está dispuesta a escuchar nuevos puntos de vista y a leer nuevas obras. Es inteligente, intuitiva y sensible. Los padres escuchan, con vivo interés, el diálogo y me estimulan, de cuando en cuando, con palabras de aprobación y con sonrisas amables. Si quieres pelear por la justicia social— le aconsejo a la joven amiga— pelea, pero pelea con alegría. Sé que es difícil pelear con alegría por una causa noble, pero no es imposible. A la mística operante del puño cerrado hay que oponer la mística operante de la mano abierta. Nada duradero puede levantarse sobre el odio que todo lo destruye. Sólo el amor es constructivo y perdurable. Transcurren muchas horas y sentimos que ha nacido en nosotros, por el hecho primigenio y radical de ser humanos —igualdad esencial de naturaleza, de origen y de destino— una nueva amistad. Alguna vez, en cualquier parte del mundo, reanudaremos el diálogo vivo y personal. Nos queda por ahora el recurso epistolar. Les ofrezco un café y ellos me ofrecen una manzana, caramelos y té. Brota en mí un sentimiento interior de gratitud ante una relación humana pura, más allá de toda conveniencia racional. La bondad desbordante de esta familia judía es un regalo a la dignidad humana. Su confianza es como una cosa inesperada que no he ganado, que agradezco como don y que me avergüenza un tanto.

A las 11 de la mañana arribamos a Hydra. El puerto —concha natural— es un óvalo perfecto. Las casas se escalonan blancas y rubias por la inclinada orografía color castaño dorado. Algunas de ellas tienen apariencia de palacios y fueron edificadas, en tiempo de los turcos, por las poderosas familias de corsarios griegos sedientos de oro, pero más sedientos aún de independencia. El gobernador griego de la isla ofrece anualmente, a pintores noveles extranjeros, una graciosa hospitalidad. Hay en Hydra una catedral barroca de mármol blanco, con elegante campanario; el Monasterio del Sueño de la Virgen y decenas de tiendas, bares y curiosidades que activan la curiosidad y la vi-

da de los pasajeros. Isla paradisíaca en donde se para el tiempo, se escucha una alegre risa, se oyen las campanas y se ve transitar, con olímpica serenidad, un borriquillo —acaso pariente de Platero— que conduce un niño en plena vía pública.

El tono del mar ha cambiado. Proteo, el viejo pastor de las olas insensibles y de las mareas fugitivas, parece regalarnos ahora —cielo y mar— un azul cerúleo. Los dioses griegos como fuerzas de la naturaleza y como dimensiones del hombre se presentan al viajero, actuales y familiares, bajo el esplendor de un cielo maravilloso. Recordemos la mitología griega de los dioses del mar: Poseidón, divino rey de las aguas, impera sobre los mares, levanta tormentas con un solo golpe de su tridente, conmueve los cimientos del fondo, disloca e inunda las montañas, forma islotes desiertos y rocas circundados de espuma blanca y salada que rodea suavemente los bordes como flexible y movediza corona. La divina Anfítrita, esposa de Poseidón, emerge de las vastas profundidades en donde tiene su palacio, y recorre, al lado de su augusto marido, la inmensa extensión de su imperio común. El carro, tirado por caballos de patas de bronce y crines de oro, conmueve los vientos, mientras las Nereidas —de caballerías de algas— se adelantan, cabalgando sobre delfines y Tritones, para anunciar la llegada del cortejo. Al paso del cortejo real se regocija la mar y aplana sus olas. Los caballos vuelan en rápido impulso sin que las ondas amargas mojen el eje bronceado del carro regio que cruza la llanura azul. Y acaso una luminosa mañana como ésta, sobre la calma de las olas, halla surgido, con su acariciante sonrisa, la dichosa Afrodita.

A las 13:30 partimos de Hydra hacia Agia Marina o Aegina. Pasamos por el hermoso y angosto estrecho situado entre la isla de Poros y la costa del Peloponeso. Se come a bordo comida caliente y se bebe cerveza o vino. A las 15:30 desembarcamos en Agia Marina. Algunos pasajeros optan por el baño de mar, en la soleada playa, mientras otros —yo entre ellos— recorre la población. El templo de Aphae

Athena —reliquia de la cultura griega— y la iglesia ortodoxa —precioso don de la cristiandad bizantina a los griegos— se reparten el tiempo de los visitantes antes del regreso a Piraeus.

Ha habido instantes de serena Plenitud. Y estos instantes de plenitud no se darían si no existiese la Plenitud. La implicación es necesaria. Una vez más recuerdo a Federico Nietzsche —en tantos aspectos religiosos “malgré lui”— cuando nos advierte, en “Also Sprach Zarathustra” que “la vieja y profunda medianoche rumia en sueños su dolor y más su alegría. Porque la alegría es más profunda que el dolor: la alegría es más profunda que la pena”. . . . “La alegría quiere la eternidad de todas las cosas: ¡Quiere la profunda eternidad!” No creo en el eterno retorno nietzscheano, pero estoy convencido de que el instante feliz se salva en imagen, en recuerdo eviterno.

3. - VIVENCIAS DE GRECIA

Geografía e historia, de consumo, nos lanzan en Atenas, a la evocación lírica, a la reflexión metafísica, a la rememoración de grandes hazañas. Fascinado por la divina visión de los monumentos griegos, Chateaubriand exclamó “. . . Cuando vi los monumentos de Roma, aquellos de Francia me parecieron grotescos, y los monumentos de Roma,

después de haber mirado esos de Grecia, bárbaros. . .” Hauptmann, el distinguido literato alemán que alcanzó el Premio Nobel de Literatura, no compara, simplemente describe su placer de estar en Atenas: “Es gozo puro sentarse en cualquiera de los mármoles caídos en la Acrópolis y contemplar el deslumbrante esplendor de la escena ática”. Así lo qui-



se hacer, sin contar el tiempo y sin recordar el espacio recorrido. No quise abrazar una columna del Partenón, como lo hizo Maurras, pero tampoco me burlo de este sentimiento exaltado, como lo hizo Jean Cocteau en su juventud para arrepentirse, después, en su madurez. Los peregrinos de la Belleza y de la Filosofía vuelven a encontrar en Grecia toda la



lítica y todo el pensamiento de su mitología perenne. El Partenón es, en el mundo, símbolo máximo de armoniosa perfección. No soy arqueólogo ni pretendía ver el lado muerto de la civilización griega. Me atrajo, ¿por qué no decirlo?, la evocación viva de la Acrópolis, tanto como pueden atraerme los conventos del Monte Athos, colgados de cimas quemadas por el sol; los majestuosos santuarios de Delfos o del Olimpo; o las paradisíacas, deliciosas islas del mar Egeo. Y conversé —mi deporte predilecto— todas las veces que pude con los griegos actuales, aunque poco sepan de Anaxágoras, Parménides y Heráclito; de Sócrates, Platón y Aristóteles. Prefieren hablarnos de su resistencia a las invasiones de la última guerra que recordar la gran hazaña de Leónidas en las Termópilas. He andado en sus barrios y en sus mercados; me he asomado a sus albergues y a sus tiendas; he saboreado sus vinos y su cordero a la Palikare; les he oído discutir y cantar. Este baño de helinidad actual me ha hecho advertir que los griegos están orgullosos de su valentía; no suelen querer a los turcos, que les dominaron cuatro siglos y les dejaron una huella indeleble —música, comida, estilo de vida— que en vano tratan de silenciar; poseen un profundo amor a la independencia,

una admirable lealtad a su Iglesia Ortodoxa y un respeto muy grande a sus altivos popes. Son hospitalarios y amigables. Recordemos que entre los muchos calificativos dados al gran Zeus, había uno, el de "Xenios" que quiere decir, a la vez "hospitalario" y "protector de los extranjeros". "Y ahora, en que la rica lengua griega —explica R. Agathocles— tiene frecuentemente dos o tres términos para el mismo concepto no hay más que uno solo, "xenos", para designar al extranjero" y al "huésped". Por estas razones y porque sentí que un filósofo occidental no puede ser un verdadero extranjero en Grecia, decidí autoconcederme un imaginario pasaporte griego, obtenido por derecho de amor y de estudio.

¿Pesa mucho la historia en Grecia? Yo diría que depende del visitante. A mí me obligó a repasar mis conocimientos sobre la historia, el arte, la filosofía y la mitología de los griegos. Pero se me ocurre decir que en Grecia la historia pesa y la geografía aligera ese peso. Historia y geografía se equilibran en este pueblo que supo, desde siempre, medirlo, calibrarlo todo.

Un poema popular griego saluda a Atenas como fuente del arte y de la literatura, bañada en el puro y limpio esplendor de la luz ática, regla panhelénica, "madre" de la sabiduría, de la humanidad, coronada de constelaciones bellas, grandes y buenas. ¿Es acaso un epítome de la gloria de Atenas? En todo caso quienes llegamos a ella vamos a rendir homenaje, como humildes peregrinos, a nuestros orígenes occidentales, al espíritu griego clásico que aún nos vincula e ilumina. Los principios de la historia de Atenas se pierden en las veredas de los siglos. Tres mil años antes de Cristo se construyó en Atenas y en el Atica, según los últimos descubrimientos arqueológicos. La habitaron los pelasgos primero y los jonios después. Se unifica la "polis" trece siglos antes de Cristo. De la monarquía —abolida el siglo VII A. de C. —se pasa a la oligarquía —arcontes y Areópago—, para llegar al glorioso siglo de Pericles (470-

429 A. de C.), padre de la democracia y máximo genio político de la antigüedad clásica. Durante su gobierno, Atenas alcanzó los más altos logros económicos, culturales y artísticos. Los griegos del siglo V pudieron asistir a las representaciones de las grandes tragedias de Esquilo, Sófocles y Eurípides; escuchar las profundas y sabias lecciones de Sócrates y de Platón —Aristóteles es del siglo IV—, contemplar los trabajos creativos del escultor Fidias y del Arquitecto Ictinus. Habían pasado las batallas de Marathon y de Salamina. La triste y desafortunada rivalidad entre Atenas y Esparta terminó en la guerra del Peloponeso (431-404 A. de C.), la más destructiva de las guerras que conoció la historia antigua. La declinación económica y cultural de Atenas y la disolución de sus instituciones democráticas preparó el camino al conquistador romano. Mientras el general Sulla casi acaba con los tesoros artísticos de Atenas —que transporta a Roma— y con la ciudad misma, el Emperador Adriano (117-138 A. de C.), un verdadero filohelenista, enriquecen con nuevas joyas arquitectónicas —templo olímpico de Zeus, Panteón, Biblioteca— y con nuevo brillo cultural a la incomparable ciudad de Palas Atenea. Luego vendrán las invasiones de los bárbaros —a mediados del siglo tercero antes de Cristo—, la dominación de los francos (1205-1456), y de los turcos (1456-1833). Con el rey Oto de Baviera se convierte en Reino. Y en nuestro días un golpe de Estado derroca la monarquía y sale el rey del país —aunque se sigan haciendo cambios de guardias reales—, sin que se advierta una institucionalización definitiva. La moderna Atenas cuenta con una población que sobrepasa los dos y medio millones de habitantes, ofrece todos los años el Festival de verano —drama y música— en el antiguo teatro de Herodes Atica, y las danzas y cantos populares griegos, del grupo de Dora Stratou, en el teatro al aire libre ubicado en la colina de Filopappos.

Aquí, en esta misma Atenas que ahora recorro, les habló San Pablo a los Griegos del Dios desconocido, de la resurrección y de Cristo. Grecia no le escuchó entonces, pero

Grecia le ha escuchado finalmente, porque Grecia — y la Grecia de la Grecia que es Atenas— es ahora cristiana. Una prueba del poder de Grecia es la continuidad de peregrinos de todos los continentes que van a rendir pleitesía a la más ilustre de las civilizaciones antiguas. Yo no visité Grecia en la búsqueda de las huellas de los dioses y leyendas que los griegos crearon a su imagen y semejanza. Mi actitud ante los griegos no está cimentada en una simple curiosidad arqueológica. Grecia representa, ante todo, la manera concreta cómo el espíritu humano ha entrado en la Filosofía. Ni beata admiración ante lo definitivo, ni mezquina rebelión ante la grandiosidad griega. La pervivencia de Grecia se halla formalmente inscrita en la madurez intelectual de Occidente.



Historia en Cinco Tiempos

(en confuso orden cronológico)

Primer lugar en el Concurso de Relato
de Ciencia Ficción (1980).

JOSE MORALES BARBOSA

TIEMPO 4

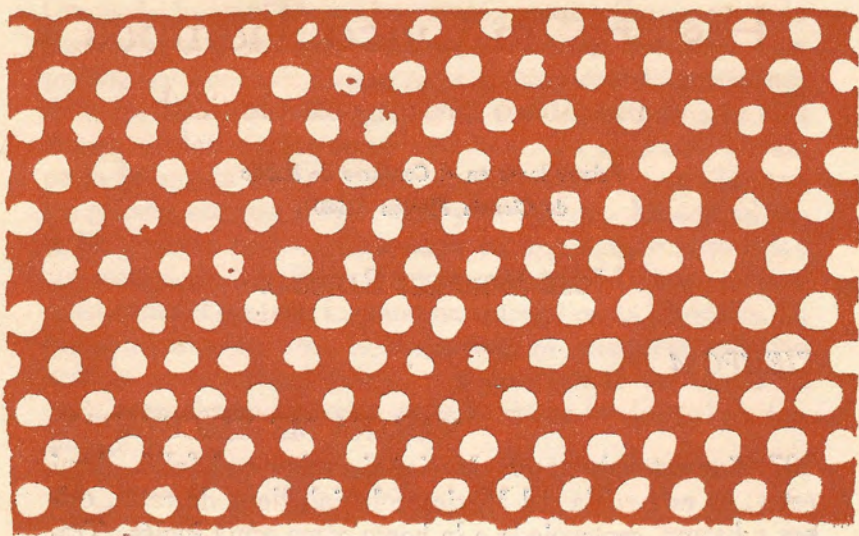
MAÑANA ME EJECUTARAN, 227 años antes de nacer. Moriré sin saber qué falló. Aquí estoy, en esta celda del México colonial, llena de ratas, orines y basura, sentenciado a la horca como espía inglés. Traté de explicarles lo que soy y lo que hice. Pero, ¿cómo podrían comprenderlo estos oidores y alguaciles del siglo XVIII? Fue una suerte que no me tomaran por brujo y me condenaran a la hoguera. ¿Y qué habrá sido de Inés? ¿La ahorcarán también? Los documentos que encontré antes del viaje sólo decían que había sido encarcelada.

Sí. Moriré sin saber cuál fue la falla. Pero al menos sé que la historia que escribí en prisión se conservará hasta mi época. Lo sé porque pude leerla en esas hojas amarillentas y empolvadas, manchadas por la humedad y carcomidas por la polilla, que encontré antes del experimento en los viejos archivos virreinales. Zambrano trató de tranquilizarme. —Sí, sí —decía—, tú las escribiste, pero no olvides que lo hiciste sin saber cómo terminaría todo y no hay constancia de que realmente te hayan ahorcado. Estoy seguro de que lograremos retransportarte.

No sé si lo diría convencido o sólo intentaría consolarme. El sabía, como yo, que era imposible suspender el cronoviaje. Teníamos forzosamente que seguir adelante. No había, es cierto, un testimonio de que la ejecución se hubiera

Colmena

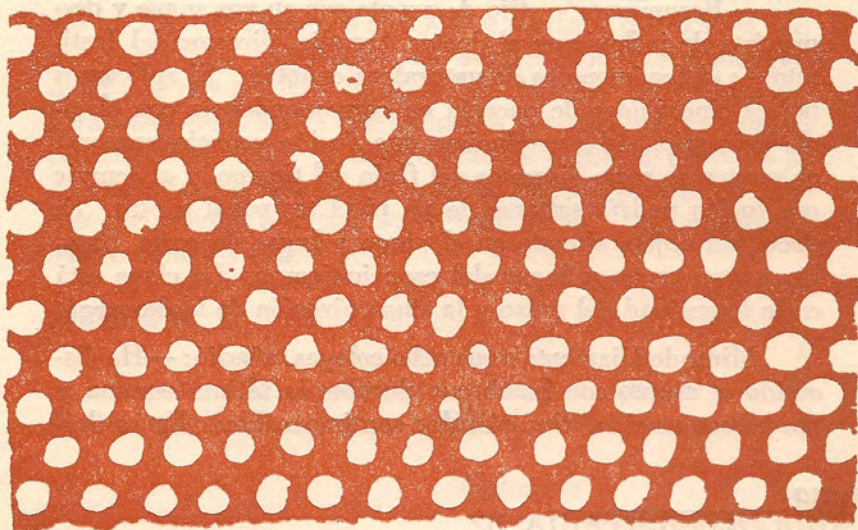
UNIVERSITARIA 29



llevado a cabo. Pero pudo perderse en esos dos siglos —¿debería decir en los próximos dos siglos?—, pues el legajo estaba incompleto. Esa es mi única esperanza. Tengo que aferrarme a ella. Sí... me rescatarán. Ellos saben, porque les dejé los papeles, dónde estoy ahora. Sabiendo lo que ocurriría... o lo que ocurrió, no sé cómo decirlo... , tuve buen cuidado de ser preciso y anotar cuanto detalle pude. Conocen la ubicación de mi celda. Pueden fijar sus coordenadas espaciales con ayuda de los muchos documentos de la época. Y si tienen alguna duda, pueden explorar toda el área de la prisión. Conocen también las coordenadas temporales...

Pero no importa si me rescatan o no. Lo principal es que el cronoviaje resultó, y ellos lo saben. Si me cuelgan y nunca regreso, al menos seré un mártir de la ciencia. ¿Me harán una estatua? ¿Pondrán mi nombre a un laboratorio? ¿O a la universidad? Quizás me darán el Premio Nobel conjuntamente con Zambrano. ¿O no lo dan póstumamente?

Dejémonos de vanidades. Lo real y concreto es que aquí estoy, con centinela de vista, esperando la muerte en este calabozo húmedo y maloliente. ¡Cómo extraño los excusados, el papel higiénico y los lavabos! Nunca imaginé que el siglo XVIII fuera tan pestilente. Todo apesta: casas, calles, gente . . . y más que nada las cárceles. Creo que sólo por escapar de este hedor dejaría que me ahorquen. Seis meses y medio he debido soportarlo; primero mientras vivía oculto y luego encerrado en esta mazmorra. De no haber sido por Inés, me habrían atrapado desde los primeros días. Imposible pasar inadvertido en esta época. Ignoro hasta los nombres de muchas cosas, y las costumbres me son todavía extrañas. Además, con sólo abrir la boca me delata mi español del siglo XX, que esta gente no puede conocer. Por eso me tomaron por espía inglés. Debía familiarizarme previamente con todos los detalles. Pero se suponía que sólo estaría aquí 24 horas, como observador y manteniéndome lejos de la gente y de los lugares poblados. No esperaba tener que andar a salto de mata o escondido en la choza de una verdulera de los arrabales.



Inés... Debo estarle agradecido. Sólo eso, agradecido. No hubo amor. ¿Cómo podía haberlo entre un físico y una analfabeta mujer del pueblo? Eso es cosa de telenovelas. Sólo hubo deseo carnal. Y ahora la dejo esperando un hijo... mi hijo, que, por increíble que parezca...

Otra vez está aquí ese cura terco y barrigón con su sonrisita fingida. Espera que confiese toda la verdad, para quedar bien con Dios. El también me cree un espía y trata de hacerme hablar. ¿Me supondrá tan ingenuo? ¿O pensará que todavía puedo guardarme algo después de la tortura? Si algo tuviera qué decir, no me habría quedado callado mientras me descoyuntaban y me hinchaban de agua casi hasta reventar.

TIEMPO 1

Cuando el profesor Zambrano terminó de hablar, después de remarcar sus últimas palabras con una serie de rápidos y nerviosos golpecitos del índice sobre el pizarrón, un largo silencio cayó sobre la sala de seminarios del Instituto de Electrofísica. Ocho pares de ojos miraban como hipnotizados el tablero verde oscuro cubierto de fórmula garrapateadas apresuradamente.

—Resumamos —dijo de pronto con su voz suave y desprovista de inflexiones el doctor Arcudia, director del Instituto—: el fenómeno es de naturaleza cuántica. Si aplicamos pulsos sincrónicos de energía en correspondencia con el ciclo primario, debe producirse una fusión espacio-temporal en puntos de corte discretos del flujo del tiempo, y al ocurrir esa fusión podría saltarse de un nivel temporal a otro. Es decir, un objeto situado en el punto y lugar de corte, pasaría a otro punto y lugar del espacio-tiempo. La clave está en la intensidad del pulso y la sincronización de la descarga.

Mirando fijamente a sus ocho colegas, añadió: —He discutido el asunto con Zambrano durante la última semana y me ha convencido. Sus cálculos son impecables. Es un des-

cubrimiento comparable a la equivalencia de masas y energía. Si las cosas resultan como indica la teoría, habremos logrado intercambiar tiempo y espacio, de igual modo que es posible convertir materia en energía y viceversa. Pero tenemos que comprobarlo experimentalmente, y para ello les pedí reunirse hoy conmigo.

Arcudia no era hombre dado a las frases grandilocuentes ni los desplantes espectaculares, pero en esa ocasión se sintió obligado a adoptar un tono solemne y dijo, dejando caer lentamente las palabras: —Vamos a iniciar uno de los proyectos científicos más grandiosos de la historia: el viaje en el tiempo... el cronoviaje, como me he permitido bautizarlo.

Tras una pausa efectista, durante la cual paseó la mirada sobre todos y cada uno de los presentes, añadió: —Pero les pido la más absoluta discreción. Nadie, fuera de nosotros, debe saber en qué estamos trabajando. No quiero alborotos periodísticos que nos harían pasar por unos chiflados. Y, sobre todo, no quiero verme metido en enredos burocráticos. Recuerden que se nos ha exigido dar máxima prioridad a las investigaciones sobre líneas de superalto voltaje, para el plan del macrosistema eléctrico nacional. No creo poder convencer a la rectoría de que nos permita utilizar el equipo y el personal en otra investigación. Mucho menos en algo tan avanzado como el cronoviaje, que resulta medio fantástico. Obraremos sin autorización y no podemos dejar que nos pesquen en esa falta. Por eso, nadie más deberá saber nada hasta que tengamos pruebas experimentales concluyentes. Toda la documentación sobre el proyecto la guardaremos en una gaveta especial del laboratorio de altas energías, donde haremos los experimentos. Únicamente yo tendré llave de ella.

TIEMPO 3

Impermeable, binoculares, agua y alimentos para 24 horas, botiquín de primeros auxilios, pistola 45 poderosa y

efectiva —no me gustaría convertirme en homicida pero tengo que protegerme—, cinco cargadores completos, cuaderno de notas, dos bolígrafos, píldoras para combatir el sueño, linterna de mano y pilas de respuesto. Qué poco equipo se necesita para viajar al pasado. Cuando me eligieron pensé que iría ataviado como un astronauta y resulta que mi mochila es más ligera que cuando salgo a una excursión de fin de semana. Es una lástima que la fusión espacio-temporal produzca tanta radiación ionizante y electromagnética, pues inutiliza la película fotográfica y las cintas de televisión. No podré traer ningún testimonio gráfico del pasado. Seguramente para los próximos cronoviajes alguien inventará un método a prueba de radiación para registrar imágenes.

Todo listo. Cinco minutos más y estaremos en el momento preciso. Seré el primer hombre que viaje en el tiempo. El fusor sincrónico parece estar funcionando sin problemas. Todos los objetos y animales que hemos enviado en plan de prueba han vuelto indemnes. Al principio nos quedaba la incertidumbre de que realmente llegaran al punto del espacio-tiempo a que los mandábamos, pues existía la posibilidad de que sólo entraran al ciclo primario, lo recorrieran sin detenerse en ningún nivel temporal y volvieran al punto de origen. Pero ahora estamos seguros de que el método da buen resultado y que podré llegar a 1756. Es más: inevitablemente llegaré. Ahora soy como un autómata. Ni siquiera puedo decidir por mí mismo. No puedo ya dar marcha atrás. Tengo que entrar al fusor, quíeralo o no, porque si no entrara, no existiría.

TIEMPO 2

—Todavía no puedo creerlo, Zambrano. Parece una de esas fantasías de ciencia ficción, pero tú has visto también los documentos en el Archivo Magno de la Nación. Allí está la historia de lo que me va a suceder . . . o de lo que me sucedió, como quieras decirlo. Cuando comencé a documentarme sobre la época a que viajaré, nunca pude imaginar que

encontraría las actas de mi propio juicio y el relato de mi odisea, escrito de mi puño y letra hace más de doscientos años. Pero lo que descubrí hoy es todavía más increíble. Inés tuvo un hijo mío, y al seguirle la pista picado por la curiosidad de saber qué había sido de él, porque de Inés no pude encontrar más datos, comencé a desenredar el ovillo de su descendencia y he encontrado que yo desciendo en línea directa de ese hijo. ¿Te das cuenta? ¡Soy tataranieto de mí mismo!

TIEMPO 5

VORAZ INCENDIO EN EL INSTITUTO DE ELECTROFISICA DE LA UNIVERSIDAD

Ocho muertos y un desaparecido.

Pérdidas por 12 millones de pesos.

Un violento incendio atizado por una serie de explosiones arrasó completamente ayer por la tarde el laboratorio de altas energías del Instituto de Electrofísica, en el sector sur de la Universidad Central, dejando un saldo de ocho personas muertas y una desaparecida.

Entre los escombros del edificio se encontraron los restos carbonizados de ocho investigadores, los profesores Eliseo Aburto y Jesús Zambrano, la doctora Eugenia del Pozo, la profesora Luisa Valle y los doctores Rubén Acevedo, Sergio Fuentes, Gustavo Quezada y Luis H. Arcudia. Este último director del Instituto. El personal de intendencia afirma que al ocurrir la catástrofe se encontraba también en el interior el doctor Mario Cetina, pero su cadáver no ha sido hallado a pesar de intensa búsqueda en el lugar. Se le da por desaparecido.

Según versiones de testigos presenciales, el siniestro se debió al estallido de una batería de transformadores —aparentemente por una sobrecarga durante un experimento— y el fuego se extendió rápidamente al explotar varios depósi-

tos de gases inflamables, hidrógeno entre ellos. Las pérdidas se estiman en doce millones de pesos, valor del costoso equipo científico que fue presa de las llamas. Además, declaró el Lic. José Alfonso Quiñones, Jefe del departamento jurídico de la universidad, se perdieron documentos irremplazables, pues el fuego dejó reducidos a cenizas los archivos del laboratorio, donde se realizaban investigaciones sobre líneas de superalto voltaje.

En la extinción del incendio participaron bomberos de la subestación de la Universidad Central, auxiliados por dos carrobombas y un transporte de...



Transpersonificación de Don Quijote y Sancho

ANTONIO POMPA Y POMPA

A USTEDES QUE me leen, os pido me crean, que bien quiero hacer de este ensayo un mensaje digno de vuestras ambiciones éticas y estéticas, dentro del espíritu de nobleza de dos grandes personajes que llenos de pujanza y lozanía hacen pensar a jóvenes y a viejos en el aleteo sutil de aquel espíritu medieval-renacentista del idealismo romántico, del realismo irrealizable de la justicia y de la incomparable utopía de la libertad.

La época en que se fragua la imponderable dialéctica de los personajes de Cervantes es cuando surgen nuevas tendencias tras el medievo, ya no es el pensamiento escueto de la Grecia antigua, ni la etapa plurisecular de la Patrística; es la época de la efervescencia espiritual del Humanismo, que transforma la vida en una concepción nueva que rompe la organización política de los sistemas feudales, que hace surgir nuevos conceptos en la filosofía y en la estética, que rompiendo hasta con el concepto tradicional de la autoridad de Dios, plantea la racionalización del principio de toda autoridad.

Es la época de Copérnico, de Colón, de Giordano Bruno, de Maquiavelo, de Tomás Moro, de Erasmo de Rotterdam, de Savonarola, de Lutero, de Ignacio de Loyola. Es fines del siglo XVI y principios del XVII cuando toda Europa era una gigantesca tea del pensamiento renacentista como nos dice Armandino Pruneda: Bacon, Kepler, Galileo, Grocio, Camoéns, Shakespeare, Campanella, Mariana, Quevedo, Lope de Vega y Miguel de Cervantes. Es la época de la lucha terrible entre el tradicionalismo y la renovación.

Entonces, como en todos los tiempos, la clase media era la que soportaba las malas crianzas de los de arriba y de los de abajo, era el cojín donde se asestaban los golpes impertinentes de los unos y de los otros; de esta casta era el hidalgo de patrimonio bastante limitado, como Don Quijote, que al decir del escudero Sancho, no tenía otro don de hacienda que cuatro cepas, dos yugadas de tierra y un trapo atrás

Colmena

UNIVERSITARIA 37

y otro adelante, quien veía menospreciada su alcurnia por los de arriba y ridiculizada por los de abajo; y Pruneda comenta que sus sueños de grandeza, sus virtudes y su romanticismo, eran demasiado nobles para que los entendieran esas dos capas sociales tan notablemente antagónicas; pero aliadas siempre contra la intermedia, ayer como hoy, porque es la que representa los más altos valores humanos.

Cervantes era uno de esos hidalgos castellanos que múltiples biógrafos han especulado cualitativa y cuantitativamente: Schevill y Bonilla, Rodríguez Marín, Américo Castro, Avallé Arce, Herrero García, Navarro Ledesma, Astrana Marín, Menéndez y Pelayo, Menéndez Pidal, Bonilla y San Martín, Riquer, Castro y Marcel Bataillon, estos últimos que enfocan al erasmismo en Cervantes. Antójaseme a mí, empero, que Armandino Pruneda, en tres parágrafos, nos da una síntesis del autor del imponderable Quijote de la Mancha cuando lo describe "pobre, de cultura vastísima, lleno de ensueños y de nobles ideales, que creyó en la utopía; que creyó en la realización de la virtud pura; creyó en la libertad, creyó en el premio al mérito, creyó en la santidad de los religiosos, creyó en el amor de la mujer, creyó en la majestad de los reyes, creyó, en fin,

en la bondad incompatible del alma humana. Y se lanzó a la vida lleno de entusiasmo, y fue soldado heroico en la batalla de Lepanto y prisionero rebelde y sufrido en Argel; y guardó incólume su fe religiosa en todos los tropiezos de su azarosa existencia; y mantuvo el culto de la mujer y la caridad cristiana era su guía".

Pero después de muchos años de sufrimiento en el cautiverio, regresó a España, lisiado, envejecido y enfermo, más todavía con la fe del que cree ser libre, ser digno de la recompensa a su heroísmo, ser amado de una mujer y bendecido de su religión.

Mas... ¿Qué le sucede a Cervantes? Que nadie le recuerda, que sus glorias en Lepanto no le sirven para otra cosa que obtener un pobre puesto burocrático, tan odiado



como es el de recaudador de impuestos; que se casa y su mujer acaba de amargarle la vida; que su religión desconfía de que en el cautiverio haya mantenido la fe... Quiere pasar a América con algún puesto político o administrativo y se le niega su petición; como recaudador fiscal se concita además la mala voluntad de los contribuyentes, y la persecución de sus propios jefes que le acusan de peculado.

Y Cervantes, que en su juventud "era un mozo de viva fantasía, corazón generoso y ánimo emprendedor y aventurero", que, nos dicen sus biógrafos "devorado por inquieta ambición y lleno de ensueños de gloria", se había lanzado a la vida en busca de aventuras y de triunfos, fiado demasiado en sus fuerzas y atendiendo poco a los obstáculos que a cada paso le presentaba la realidad y luego, nos siguen diciendo, abrió los ojos a la realidad y encontró: "Que no eran los bravos soldados quienes recibían los grados militares, sino aquellos que tuvieran valedores; que en los clérigos privaban sobre la humildad y la moderación el amor a la buena vida y el quebrantamiento del voto de castidad; que los gobernantes y magistrados halagaban al pueblo para esquilmarle mejor; que los jueces eran venales y torticeros; que la plebe era soez y desvergonzada; que el amor para él fue una quimera"... Y en este choque brutal de ilusiones y ensue-



ños, con tal realidad externa y viviente, se engendró en su ánimo ese par de figuras de estupenda dialéctica que son Don Quijote y Sancho.

He allí la raíz y la razón de esa incomparable obra de la novelística, cumbre de toda la producción de Miguel de Cervantes.

Parifraseando a Lockhart os digo que seguramente en esta comunidad casi todo lo que se desearía oír acerca del Quijote y de Sancho, se ha dicho y redicho por escritores cuyas opiniones sentiría repetir sin sus palabras, y cuyas palabras apenas me sería perdonado repetir.

Mas tanto se ha dicho torrencialmente de ambos personajes en locuciones apologéticas, opiniones des-

Colmena

UNIVERSITARIA 39

cabelladas, floraciones del bien decir en símbolos e ideas y apreciaciones de acumulado ingenio, que estimula el pensamiento de quienes penetran en la esencia de ambos personajes.

Pero tiempo es ya que dentro de esta selva de consideraciones, enfoquemos a nuestro *Sancho*, que de minimizado se quijotiza en su intelecto y concluye sanchificando a Don Quijote.

Salvador de Madariaga en su estupenda "Guía del lector del Quijote" nos dice que "La tradición superficial ha reducido su maravillosa trama psicológica a una línea melódica de elemental sencillez. Don Quijote es un Caballero valiente e idealista. Sancho es un bellaco positivo y cobarde".

Mas lo que esta apreciación superficial no capta, es que esa aparente antítesis se resuelve en un delicado y completo paralelismo que hace a "Sancho, en cierto modo, una trasposición de Don Quijote en una clave distinta".

Sancho, pues, hace paralelo y da relieve a la figura principal, Don Quijote, y realiza el diseño del conjunto en toda la trama.

No en vano pone Cervantes en la boca del Cura: "Veremos en lo que para esta máquina de disparates de tal caballero y de tal escude-

ro, que parece que los forjaron a los dos en una misma turquesa, y que las locuras del señor sin las necesidades del criado no valían un ardite".

Recordando a esta sazón los múltiples episodios del "Quijote", tan variados, tan ricos en anécdotas, tan profundos en sus enseñanzas, tomemos al azar aquel momento en que Sancho, todo oídos, escucha toda una teoría política que Don Quijote le enseña para gobernar la *Insula Barataria*.

—"Primeramente ¡oh hijo! has de temer a Dios; porque en el temerle está la sabiduría, y siendo sabio no podrás errar en nada.

—Lo segundo, has de poner los ojos en quien eres, procurando conocerte a tí mismo, que es el más difícil conocimiento que puede imaginarse. Del conocerte saldrá el no hincharte como la rana que quiso igualarse con un buey".

Y después de otras sabias admoniciones prosigue: "Si trujeres a tu mujer contigo (porque no es bien que los que asisten a gobiernos de mucho tiempo, esten sin las propias), enséñala, doctrínala, y desbástala de su natural rudeza; porque todo lo que suele adquirir un gobernador discreto, suele perder y derramar una mujer rústica y tonta.

—Si acaso enviudares (cosa que puede suceder), y con el cargo mejorares de consorte, no la tomes tal,

que te sirva de anzuelo y de caña de pescar. . .

—Nunca te guíes por la ley del encaje, que suele tener mucha cabida con los ignorantes que presumen de agudos.

—Hallen en ti más compasión las lagrimas del pobre, pero no más justicia, que las informaciones del rico”.

Y en esta manera le imbuye Don Quijote a Sancho normas de buen gobierno en preceptos y reglas que harán no le ciegue la pasión propia en causa ajena. Así también Sancho escuchó atentísimamente para conservar en la memoria los consejos que Don Quijote le recomendó para salir por ellos a buen parto de la preñez de su gobierno.

—“En lo que toca a cómo has de gobernar tu persona y casa, Sancho, lo primero que te encargo es que seas limpio, y que te cortes las uñas, sin dejarlas crecer, como algunos hacen, a quienes su ignorancia les ha dado a entender que las uñas largas les hermocean las manos, como si aquel excremento y añadidura que se dejan de cortar uña, siendo antes garras de cernícolo la-gartijero. . .

—No andes, Sancho, desceñido y flojo, que el vestido descompuesto da indicios de ánimo desmazelado, si ya la descompostura y flojedad no cae debajo de la socarronería. . .

—No comas ajos y cebollas, pa-

ra que no saquen por el olor tu villanería.

—Come poco y cena más poco, que la salud de todo el cuerpo se fragua en la oficina del estómago.

—Se templado en el beber, considerando que el vino demasiado, ni guarda secreto, ni cumple palabra”.

De este tenor recibe Sancho advertencias y más advertencias que darán luz al inextricable plan de gobierno.

Todo lo cual da color y verosimilitud a la política que a Sancho dá la razón quizás de la sinrazón que a su razón justifica en el ejercicio de su gobierno insular.

Múltiples son las enseñanzas que Don Quijote va comunicando a Sancho, las que van modelando una personalidad diferente; la figura del Escudero va adquiriendo a los ojos del observador una nueva movilidad; lo rústico va siendo transformado gradualmente por la jugosa savia espiritual de Don Quijote, en algo distinto. Recuérdese a Madariaga cuando refiere aquella primorosa conversación de Sancho, con su mujer, Teresa Panza, a quien le comunica, no sin dificultad, que ha resuelto hacer otra salida de escudero andante.

“Mirad, Sancho —dice Teresa—, después que os hicisteis miem-

Colmena

UNIVERSITARIA 41



bro de Caballero andante, hablais de tan rodeada manera, que no hay quien os entienda”. Y comenta el mismo Madariaga: Estas palabras son la clave. Sancho, eco de Don Quijote, imita con rural sencillez— y la sencillez que se esfuerza acaba en complicación— los arabescos de estilo y pensamiento de su señor, las razones de su sinrazón.

“Mujer mía, si Dios quisiera, bien me holgara yo de no estar tan contento como nuestro”, dice a su asombrada Teresa. Mas no para en sus dichos e ideas la imitación que hace de su señor; antes bien, toda su actitud para con su mujer es en esta escena, trasunto de la actitud para con él mismo que tantas veces ha observado a su amo.

Colmena

UNIVERSITARIA 42

Y así, poco a poco, paulatinamente, se va qui jotizando dentro de la dinámica estructural de Miguel de Cervantes.

Y Sancho aligerando el paso de su alma positiva con algo del espíritu quimérico que le ha inspirado su señor, le dice. . . que los historiadores deberían tener misericordia de él y tratarle bien en sus escritos; mas prosigue: “Digan lo que quisieren, que desnudo nací, desnudo me hallo, ni pierdo ni gano, aunque por verme puesto en libros y andar por ese mundo de mano en mano, no se me da un higo, que digan de mi todo lo que quisieren”.

Su materialismo tiende ahora a un espiritualismo que le identifica con su señor. La figura donjuanesca que por lo general aparece en este tipo de floración literaria, algunos la quieren identificar en Don Quijote, pero en Don Quijote y en Sancho, la mies de ideaciones, interpretaciones y símbolos que a su favor se va formando continuamente —nos dice Salvador de Madariaga— sólo se debe a la hondura de sus almas, a la riqueza del subsuelo humano, en el que Cervantes halló sus simientes, e hizo crecer y adentrarse en sus raíces, y a ese ritmo sutil de la doble aventura que cautiva la imaginación y se impone al primer golpe de vista por su aparente sencillez, antes de admirar y suspender el ánimo por su asombrosa complejidad.

Sancho es el confidente y el dis-

cípulo, el receptáculo de las imper- tinencias y malas crianzas de Don Quijote, pero a la vez el hombre de confianza capaz hasta de las alcahueterías de su amo, como cuando de Sierra Morena, después de increíbles piruetas, Don Quijote le entrega a Sancho la carta más estu- penda de la literatura amorosa que el Escudero llevará a Doña Dulci- nea del Toboso.

“Soberana y alta señora:

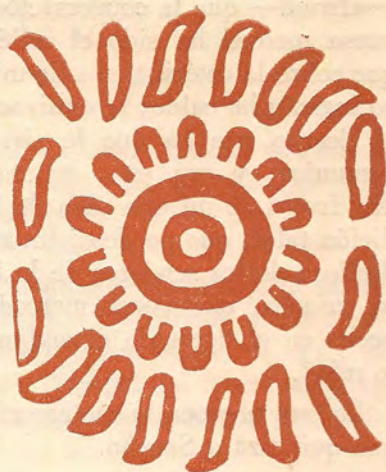
El ferido de punta de ausencia y el llagado de las telas del cora- zón, dulcísima Dulcinea del Tobo- so, te envía la salud que él no tie- ne. Si tu fermosura me desprecia, si tu valor no es en mi pro, si tus desdenes son en mi afincamiento, maguer que yo sea asaz de sufrido, mal podré sostenerme en esta cuita, que, además de ser fuerte, es muy duradera. Mi buen escudero San- cho te dará entera relación ¡oh bella ingrata, amada enemiga mía! del modo que por tu causa quedo: si gustares de acorrerme, tuyo soy; y si no, haz lo que te viniere en gusto; que con acabar mi vida ha- bré satisfecho a tu crueldad y a mi deseo.

Tuyo hasta la muerte

El Caballero de la Triste Figu- ra”.

—“¡Por vida de mi padre!— di- jo Sancho en oyendo la carta— que es la más alta cosa que jamás he oído”.

En esta delicada labor, Cervan-



tes ha de llegar a enfatizar varias escenas de inversión completa en los que cada uno de los personajes observa y acusa en el otro, sin re- velar la causa, los efectos de esta influencia mutua, y en este balan- ceo reconoce Sancho en Don Quijo- te a quien le ha estructurado; y le recompensa en los momentos crí- ticos de la decadencia, cuando el desgano lento y gradual del espí- ritu de su héroe se hace más paten- te. Es que Sancho hace plena con- fesión de la influencia que Don Quijote ha proyectado en él cuando afirma que algo se le ha de pegar de la discreción de su amo y pone como ejemplo: “que las tierras que de suyo son estériles y secas, ester- colándolas y cultivándolas vienen a dar buenos frutos: quiero decir

Colmena

UNIVERSITARIA 43

—afirma— que la conversación de vuesa merced ha sido el estiércol que sobre la estéril tierra de mi seco ingenio ha caído; la cultivación, el tiempo que ha que le sirvo y comunico; y con esto, espero de dar frutos de mi que sean de bendición tales, que no desdigan ni se deslicen de los senderos de la buena crianza, que vuesa merced ha hecho en el agostado entendimiento mio”.

Lo que provoca la metamorfosis que quiijotiza a Sancho.

Vencido el Caballero, se abandona a su triste suerte, y en el viaje de retorno acumula el autor las

situaciones invertidas que revelan un Sancho animoso y un Don Quijote sin fe.

De este modo, comenta Madariaga, va hacia su aldea el triste caballero, no ya llevando a Sancho, sino por él llevado. Cuando al fin de su viaje “subieron una cuesta arriba, desde la que descubrieron su aldea”, Sancho sintió en su corazón el impulso lírico de la victoria. Traía dineros. Había sido gobernador. Tenía la virtud de desencantar y volver la vida a las doncellas. Era famoso. Y así, el gran escudero se hincó de rodillas y dijo:

“Abre los ojos, deseada patria, y mira que vuelve a ti Sancho Panza, tu hijo, si no muy rico, muy bien azotado. Abre los brazos, y recibe también a tu hijo Don Quijote, que si viene vencido de los brazos ajenos, viene vencedor de sí mismo, que según él me ha dicho, es el mayor vencimiento que desearse puede. Dineros llevo, porque si buenos azotes me daban, bien caballero me iba”.

A lo que Don Quijote contestó secamente:

“Déjate desas sandeces”.

Y así, de esta manera, Sancho vió a Don Quijote; primero, como su amo y señor; discípulo, después, aprendió de él los grandes impactos de la caballería andante, con

triumfos y peripecias y al final, sintiéndose igual, y más que igual, sirvióle de báculo en el ocaso o tramonto de su aventura sin igual.

Ciudades y Villas del Bajío

LUIS GONZALEZ Y GONZALEZ

Ponencia presentada en el Primer Simposio de Historia Regional, celebrado en la ciudad de Guanajuato en 1978.

ALEJANDRO MORENO

Toscano no hace mucho que llamó la atención sobre el carácter peculiar de la vida urbana del Bajío novohispano. Claude Bataillon hace poco que demostró la utilidad de comprender en el Bajío todos los valles y llanuras de la depresión del Lerma, desde Acámbaro y Querétaro hasta Guadalajara. Por mi parte, me he puesto a contemplar, al través de muy dispares testimonios históricos, doce ciudades y villas abajeñas, incluso algunas que ejercieron sin título de villa o ciudad, y he procurado descubrir el común denominador de tal docena y su diferencia específica respecto al género próximo que es el mundo novohispano.

Las poblaciones que seleccioné fueron, en orden de aparición en la escena histórica: Acámbaro, Querétaro, Guadalajara, Valladolid, San Miguel el Grande, Santa Fe de Guanajuato, Celaya, Zamora, León, Irapuato, Salamanca y Salvatierra. Los puntos de comparación o variables tenidas en cuenta: el relieve, el clima, los suelos, las aguas, los antecedentes prehispánicos, la

fundación, la demografía, la índole económica, los modos y las relaciones de producción, el ocio, la cultura y la actitud frente al movimiento de independencia de 1810-1821.

Basta recorrer las carreteras México-Guadalajara, en camino de ida por Querétaro, Celaya e Irapuato, y en camino de regreso por el sur de la laguna de Chapala, Zamora, Zacapu, Morelia, Acámbaro y Maravatío para darse cuenta de la uniformidad del medio geográfico de las ciudades abajeñas, menos Guanajuato: Altura sobre el nivel del mar entre 1,580 y 1,980 metros; temperamento que tira más a caliente (sobre todo en los veranos) que a frío (no obstante que nunca faltan las heladas negras invernales); muchos días de sol y estreñimiento pluvial, pues pocos años las precipitaciones llegan al metro; un gran río que serpentea en el fondo del valle mayor y muchos afluentes que bajan de las sierras y de los valles circundantes; inundaciones

Colmena

UNIVERSITARIA 45

frecuentes y más de una vez devastadoras según pudieron atestiguarlo León en 1637, 1762 y 1803; Irapuato en 1746, Santa Fe en 1780 y 1804, y Zamora en casi todos los años. Como quiera, suelos fertilísimos que han hecho estallar exclamaciones como estas: "Mesopotamia mexicana", "Ejemplo de fecundidad bien admirable", "planicie rica que produce frutos de Europa y de los trópicos".

Sin embargo, a la llegada de los españoles, ni la apariencia ni la experiencia del Bajío correspondían a su ser fértil y poblado de ciudades, villas y lugarejos. El capote vegetal hecho de gramas, cactus y mezquites no revelaba mayor riqueza y la población rala, desnuda, salvaje y bronca sólo merecía de los pueblos civilizados de los tres valles del Anáhuac el epíteto de chichimeca o raza de perros sarnosos e inciviles. El Bajío estaba poblado de pames, guamares, guachichiles, tecuexes, y otras naciones de gentes encueradas y sin hogar que comían vainas de mezquite, tunas, conejos, popochas, víboras y ratas; que bebían agua-miel y pulque; que manejaban como ninguna el arco y la flecha; que sabían tender trampas, correr como venados y atacar como fieras; que gustaban poner un pie en el cogote de la víctima mientras arrancaban la piel de la cabeza y

que eran expertísimos cazadores, capadores y empaladores. El milieu chichimeco parecía que iba a ser lo último que apetecieran los hombres blancos, barbados y vestidos de hierro de la conquista española.

Con todo, tres conyunturas bien conocidas precipitaron la entrada de los españoles y sus aliados indios al gran valle de los chichimecas: el descubrimiento de la minas de Zacatecas y de Guanajuato entre 1546-1555, el desplazamiento de la ganadería española hacia allá y la necesidad de proteger las tierras recién conquistadas por los capitanes Cortés y Guzmán de las incursiones de los chichimecas. Por



la última razón, en el decenio de los veinte se fundaron como pueblos de indios Acámbaro y Querétaro, y en los días del Virrey Mendoza, como ciudades españolas, Valladolid para contener los desmanes de la "gente bárbara", metida en "quebradas y montes" próximos, y la última Guadalajara, que a poco de nacer puso a los chichimecas cazcanes "como ganado puesto en estampa". Por las presiones del Virrey Velasco para que la ganadería española desalojara el centro, donde causaba muchos males en las sementeras de los indios, algunos ganaderos, al frente de sus rebaños, cayeron al Valle Chichimeca donde había "muchos pastos fértiles", y a donde se les dieron en merced sitios o estancias de ganado mayor y menor. Por último, el descubrimiento de las minas de Zacatecas y Guanajuato produjo aludes de gentes como los que siglos después irían a las arenas auríferas de California, y un trajín como de película del Oeste que hizo necesaria la fundación de la villa-fortaleza de San Miguel el Grande en el decenio de los cincuenta, y sobre todo la traza de las villas dispuestas por el virrey Henríquez: Celaya en 1571, Zamora en 1574 y León en 1576.

La primera vida urbana del Bajío, la de los dos últimos tercios del siglo XVI, la caracterizan la invasión de ganados y ganaderos desde el valle de Querétaro hasta

las ciénagas de la laguna de Chapala; la fiebre argentina que empujaba ríos de gente hacia Zacatecas y que hacinó en el estrechísimo valle de Guanajuato multitudes anhelantes, asesantes, temblorosas, ansiosas de salir de pobres, y el espíritu bélico de españoles, otomíes, purépechas, mexicanos, negros, pames, guachichiles, guamares, y tecuexes que se trabó en la guerra de cuarenta años (1550-1589) entonces descrita por Gonzalo de las Casas y recientemente recreada por Felipe Powell.

Al concluir la guerra chichimeca, sobreviene el mal llamado siglo de la depresión económica y demográfica. Las poblaciones que habían conseguido romper las barreras de la urbanidad desde la etapa anterior se mantuvieron urbanas a lo largo del siglo XVII, pero sin mayores progresos demográficos; así Guanajuato, Querétaro, Valladolid y Guadalajara, con alrededor de cinco mil habitantes cada una. A raíz de la paz chichimeca se fundaron nuevas congregaciones (Irapuato, Salamanca y Salvatierra) que como las demás del Bajío, fuera de las cuatro grandes, no pasaron de ser comunas con menos de mil vecinos.

La vigorosa urbanización del Bajío es un fenómeno del siglo XVIII o siglo de las luces que bien pudo

Colmena

UNIVERSITARIA 47

Mamarse de los alumbramientos. El estirón demográfico se produjo en toda la Nueva España dieciochesca a contrapelo de las devastaciones acarreadas por un par de hambrunas (1750 y 1785) y por un par de epidemias; en dondequiera aumentó la gente pero en ningún sitio como en las proximidades del Lerma. En otras regiones de la Nueva España, el alza de la población fue principalmente rústica; sólo en el Bajío engendró abundantes centros urbanos. Por la cuantía de la población se forman tres clases de congregaciones citadinas; las de primera (Guanajuato, Querétaro, Guadalajara y Valladolid) llegan a hospedar entre 20 mil y 50 mil habitantes; y las de segunda (Celaya, León, San Miguel y Zamora) devienen villas de 9 mil habitantes; y las de tercera sobrepasan el número de los cuatro mil habitantes sin llegar a nueve mil. Como se lee en el libro de Claude Morin, el Bajío alcanza en el siglo XVIII un desarrollo urbanístico que supera, con excepción de la metropolitana, a todas las demás regiones.

Es propiamente en el siglo de la ilustración cuando las ciudades y villas abajeñas adquieren la fisonomía que las hará célebres: claridad que permite ver lejos y hacer brillar las caras de las casas. Fuera

de Guanajuato que es el desorden y la estrechez urbana, lo característico de la urbanística a lo largo del Bajío es la sujeción a un plan, el dibujo previo, la traza rectilínea y rectangular, al modo de tablero de ajedrez, conforme al modelo ideado por la antigüedad helénica; las calles anchas, rectas, limpias, soleadas y alegres", la mayoría de los edificios de baja estatura de muros exteriores pulcramente encalados, con patios interiores anchurosos y de corte andaluz, con corredores de finas columnas y macetas, macetas y macetas; plaza mayor grande, y circuida de numerosos templos sobresalientes del conjunto por lo recio y alto de paredes y techumbre, por las enormes cúpulas y por las torres altas, conventos y casonas de buen ver hacia el centro de la población y casuchas de adobe y de cara triste hacia las afueras. Quizás sin el contraste del cinturón de miseria, la ciudad del Bajío no hubiese llegado a tener el aspecto alegre que la caracteriza; quizás sin las noches tan oscuras y propicias para robos, cuchilladas y apariciones de difuntos, la ciudad del Bajío no se vería tan clara.

La ciudad novohispana y dieciochesca refleja una economía pujante y un reparto desigual de las ganancias. En el siglo XVIII y en el Bajío, la explosión económica aventajó a la demográfica y urbanística, rara vez por la frecuentación de nuevos negocios, casi siem-



pre por el desarrollo inusitado de las tareas tradicionales: ganadería, vacuna y caballar (ganadería mayor) y ovina y porcícola (ganadería menor); agricultura del trigo y del maíz tan próspera que le acarrearon a la canoa abajeña el título de granero de la Nueva España; por supuesto es la minería de Guanajuato; menos internacionalmente conocida que no menos valiosa la industria artesanal (Obrajes textiles de Guadalajara, Celaya, Querétaro, Valladolid, Salamanca, Zamora y San Miguel; talabarterías de San Miguel, León y Valladolid; molinos de Harina de todas partes y azúcares y dulces de las poblaciones situadas al sur del Lerma),

y el comercio al través de la arriería. En el siglo de las luces, pese a lo agüetado de la zona, el Bajío se hizo de una red caminera caminada por recuas de mulas y diligencias de caminos mayores como el de los reales de minas (por Querétaro y San Miguel) y el camino de Guadalajara (por Querétaro, Celaya e Irapuato), y por ramales, algunos muy transitados. Es un lugar común la función abastecedora de carnes, granos y manufacturas que desempeñó el Bajío, primero en las plazas mineras del Occidente, del Centro Norte y del Norte, y enseguida, además, de la metrópoli novohispana. La actividad mercantil de los centros urbanos del Bajío se desarrolló sin haber procreado instituciones financieras y comerciales desarrolladas.

De hecho, toda la prosperidad del siglo de las luces fue bastante singular; se produjo en moldes institucionales un tanto insólitos sobre todo para mentes del viejo mundo: la hacienda, la esclavitud, el peonaje, el obraje, la arriería y otras formas de propiedad y trabajo que han sido últimamente contempladas por David Brading y Claude Morin. Como en la generalidad de la Nueva España, las mercedes originales de piedra (sitios de ganado mayor y menor y caballerías y sembraduras), concentradas en pocas

Colmena

UNIVERSITARIA 49

manos, se volvieron latifundios y haciendas. Como fue lo común en la Nueva España, en el Bajío, aparte de los señores hacendados, hubo al principio indios de guerra, y al principio y después negros acarreados de Africa, que padecieron los rigores de la esclavitud. Como en toda la Nueva España, también se dieron en los valles del Lerma los fenómenos del peón acasillado, del peón temporalero, de la servidumbre por deudas, de la aparcería, del arrimo y de los arrendamientos de tierras.

Lo distintivo de la vida regional consistió en el uso desmedido del caballo y en el invento y la práctica de la charrería, en el modo como



se desarrollaron algunos ocios y diversiones, en la fisonomía de ciertas costumbres que andan en busca de autor, y sobre todo, en la manera como se satisfizo en el Valle de los Chichimecas una vez vuelto Bajío una de las dos necesidades primarias del hombre. Quizás en ninguna otra parte de México cayó tan rápidamente el muro facial como aquí. Fuera de pocos señorones empeñados en mantener la palidez de la raza de mármol, lo común en la zona parece haber sido un amplio comercio carnal con las razas de bronce y de ébano que confluyeron en ella desde el siglo XVI, un no hacerle el fuchi al matrimonio con personas de distinto tinte, un intercambio erótico (casi siempre dentro de las cauces legales) que produjo al mestizo mentado en tantas canciones, los ojos negros de las tapatías y los bigotes de aguacero de los charros.

Sobre las mezclas, junturas y revolturas raciales en el Bajío durante la época colonial ya existe alguna investigación seria; pero sobre la vida relajada y recogida no parece que haya mucho. La prosperidad del siglo XVIII les dió cuerda a vicios como los de la embriaguez y el juego, y a virtudes como la de los ejercicios religiosos y la vida conventual que bien merece una resurrección histórica y literaria. Esta fue una tierra de conventos. Quizás en ninguna de las villas y ciudades del Bajío faltó el

convento franciscano; en la mitad de los centros urbanos abajeños hubo casas de jesuitas y de agustinos; aquí y allá, hubo casas de recogimiento de carmelitas, dieguinos, religiosos de San Juan de Dios, mercedarios, felipenses, betlemitas y dominicos; en las ciudades mayores abundaron las monjitas de varias órdenes religiosas y en dondequiera proliferó la especie de los sacristanes y las ratas de sacristía. La región está esperando con fundamento una Josefina Muriel que desentierre las virtudes de monjes y monjas y una Anne Staples que descubra la cola del diablo en la vida conventual.

Otra cara del Bajío novohispano y dieciochesco poco conocida, es la de la crianza y educación de criaturas y jóvenes. En medio de una nación que no se distinguía por el impulso educativo, la docena de ciudades y villas del Bajío parece que se distinguió por la cuerda concedida a escuelas, colegios y seminarios. Antes de que las autoridades de la última etapa colonial mandaran abrir escuelitas de primeras letras en todos los pueblos, las poblaciones de los caminos México-Guadalajara ya tenían en gran medida este tipo de planteles y otros: colegios franciscanos dondequiera, colegios de jesuitas en Guadalajara, Guanajuato, León, Celaya, Valladolid y Querétaro; colegio agustino en Salamanca; colegio de niñas en Irapuato; colegio del Orato-

rio en San Miguel; seminarios en Guadalajara, Valladolid y Querétaro, y la flamante Universidad de Guadalajara desde 1791.

La vida en las aulas se ha estudiado poco, no obstante que de ellas salió un fenómeno extremadamente estudiado: la guerra de Independencia. Aún los historiadores de la onda materialista reconocen el puente tendido entre la vida académica novohispana del siglo XVIII y la vida bélica que condujo a la separación de España. Y aún los historiadores capitalinos aceptan que el mentado puente se construyó casi del todo en el Bajío, en las aulas jesuitas y oratorianas. En buena medida la escasez de investigaciones sobre edificios escolares, maestros y alumnos, métodos pedagógicos y amplitud de la enseñanza se compensa con los abundantes estudios salidos del seminario del doctor José Gaos, ahora conducido por Andrés Lira, acerca de la introducción dieciochesca de la filosofía de los ilustrados en España y en México, de las dos etapas ideológicas del pensamiento en el siglo de mayor esplendor autóctono de la Nueva España, de la filosofía moderna del zamorano Benito Díaz de Gamarra, de las renovaciones mentales propuestas por el también abajeño Diego José Abad y por Francisco Javier Clavijero, catedrá-

Colmena

UNIVERSITARIA 51

tico en Valladolid y Guadalajara, y de las luces encendidas en el obispado de Michoacán por los obispos San Miguel y Abad, por el doctor José Pérez Calama y aún por las autoridades civiles que desplazaron en 1787 a varias de las anteriores. A las ciudades del Bajío, al través de sus colegios y de sus asociaciones de amigos del país, les cupo la suerte de encabezar la lucha contra la filosofía anquilosada y de introducir, sin extremismos, los aires de renovación filosófica, los métodos de la razón y de la experiencia.

También le correspondió a la abajería el poner en práctica antes que nadie y a mayor profundidad la filosofía ilustrada, el conducir la nueva mentalidad a la resolución de los problemas políticos, económicos, sociales y artísticos. En ninguna otra parte como en los centros urbanos del Bajío se llevó a tal extremo el reajuste del aparato administrativo y fiscal del gobierno español: la acción de la Acordada, nacida precisamente en Querétaro contra el bandolerismo; el reclutamiento de regimientos de dragones y batallones de infantería; la sustitución de la "ruinosa plaga" de los alcaldes mayores corruptos por intendentes (Valladolid, Guanajuato y Guadalajara) y subdelegados; la hechura, por las nue-

vas administraciones, de informes, mapas, censos, caminos, puentes, nuevos cultivos, higiene pública, hospitales, hospicios, cárceles y demás mejoras advertidas por el doctor José Miranda en alguno de sus trabajos. También hay indicios de una mayor racionalidad en los negocios abajeños a partir del esparcimiento de la "ilustración", así como de un menor respeto a costumbres que el padre Gamarra catalogó como errores del entendimiento humano. Está a la vista de quien recorra los centro urbanos del Bajío el furor con que se puso en práctica el derrumbe de espléndidas y cálidas construcciones barrocas en Querétaro, Guanajuato, Valladolid y Guadalajara, y la construcción de espléndidas y frías moles neoclásicas. Una lucha que se dice capitaneada por el celayence Francisco Eduardo Tresguerras quien hizo retablos barrocos, pero también el Carmen de Celaya, algunos palacios de mineros ricos, numerosas iglesias de Salvatierra, León, Zamora y Valladolid en los altares de mármol y de claridad y armonía clásica que se ajusta mejor al paisaje del Bajío que los retorcimientos barrocos.

Si las nuevas del siglo de las luces cundieron tanto y llegaron a tan magníficos corolarios en ciudades y villas de la región que nos ocupa, fue por otra peculiaridad dieciochesca de la vida urbana del Bajío: su amplia relación con el



exterior. Quizás sólo Veracruz, Jalapa, Puebla y México estuvieron mejor comunicados entre sí y con el exterior en tiempos de la colonia que las doce ciudades abajeñas, a donde llegaban con regularidad manufacturas, lujos e ideas de lo más granado de la Nueva España y de lo más conspicuo de Europa y aún de Asia, y de donde salían regularmente, cueros y ropas hacia los reales de minas, y hacia la metrópoli del reino, y plata a la Península. Además quizás como a ninguna otra parte, llegaron a las ciudades del Bajío ríos de españoles de los de habla recia.

Precisamente por su múltiple vida de relación con la península y

los peninsulares, y por tratarse de una relación de dominador a dominado, ninguna comunidad como las que nos ocupan fue tan sensible a los malos modos de los gachupines y tan anhelante del México independiente. Desde los últimos días del siglo XVIII cada uno de los centros urbanos del Bajío se convirtió en nido de conspiradores. Desde 1810, cada una de las ciudades, villas y lugarejos de la cuenca del Lerma produjo miladas de insurgentes que se arremolinaron ya alrededor del cura Hidalgo, ya en torno al amo Torres; que se fueron ora con Don Marcos Castellanos, ora con Albino García; que pelearon unas veces con el padre Morelos y en otras con el Licenciado Rayón. Cada sitio poblado del contorno abajeño le tomó la palabra a don Agustín de Iturbide y proclamó con gritos y sombrerazos la independencia de México. De aquí que haya merecido la canoa o depresión u hondonada que hoy hospeda al presente simposio de Historia Regional, el bien ganado título de matriz de la patria mexicana.

La vida urbana del Bajío fue hija de la guerra chichimeca del siglo XVI y madre de la trifulca patriótica del siglo XIX; estuvo en un triste fallecer recién nacida por la culpa de la depresión minera del siglo XVII y ya madura por lo do-

Colmena

UNIVERSITARIA 53

loroso del parto de la independencia. Quién no sabe que las entradas de Hidalgo, Calleja, García, Cruz y demás caudillos de la emancipación o de la sujeción a las poblaciones de San Miguel, Salamanca, Irapuato, Guanajuato, Celaya, Valladolid y anexas provocaron miles de difuntos y sobre todo huídas masivas. Según se dice, la revolución de independencia dejó a Valladolid con solo 3,000 de sus veintitantos mil habitantes. Con muy pocas excepciones, quizás únicamente con las de León y de Guadalajara, las dos ciudades de refugio de aquella guerra, los centros urbanos del Bajío estuvieron a punto de quedar reducidos a la condición de Troya o de Teotihuacan, en grave riesgo de ser habitadas y convertirse en pasto de arqueólogos e historiadores de la escuela positiva, del positivismo histórico.

Si nos hubiéramos puesto a contemplar una vida urbana y fenecida podríamos decir muy seguros que las peculiaridades de las doce villas novohispanas de que venimos hablando, son tantas y tales.

Como el Bajío fue vida humana y sigue siéndolo, sólo a título de aproximación, y siempre con gran riesgo de ser desmentidos, podemos atribuirles a las doce muestras urbanas que sirven de base a estas páginas las doce características si-

guientes: 1) Fundación radical de casi todas, que no mera yuxtaposición sobre asentamientos urbanos previos como sucedió en la mesoamérica mexicana. 2) Toponimia basada mayoritariamente en toponímicos hispanos (Valladolid, León, Zamora, Salvatierra, Celaya, Salamanca, Guadalajara. . .) que no en nombres del lugar, prehispánicos, como en la mayor parte de México. 3) Papel de crisol de las tres razas del orbe en mucho mayor escala y más cabalmente que en el resto de América. 4) Papel militar de la mayor importancia en dos ocasiones largas: la guerra chichimeca del siglo XVI y la lucha contra España dos siglos después. 5) Función pro-



ductora, de la trilogía alimenticia mexicana (maíz, trigo y frijol) para los reales de minas primero y para casi toda la Nueva España en el siglo XVIII. 6) Función de principal procesadora o transformadora de fibras, pieles, ropa y arreos del virreinato. 7) Máximo campo de experimentación del reajuste político, administrativo y económico de la política "ilustrada" de Carlos III. 8) Exponente principalísimo de la vida conventual que siguió y sustituyó a la vida apostólica o misionera del primer siglo virreinal. 9) Cuna de varias costumbres que han llegado a ser representativas de la nacionalidad mexicana: charrería, posadas de noche buena, etc. 10) Papel de difusor máximo en el siglo XVIII del pragmatismo y el racionalismo de la corriente "ilustrada". 11) Caudillaje de la lucha contra el arte barroco y de la implantación de la arquitectura neoclásica. 12) Exponente sin par en la Nueva España de la vida peligrosa, precaria, zozobante, bajo la amenaza sempiterna del agua,

ya por las inundaciones, ya por las enfermedades de origen hídrico.

Algunas de las doce singularidades traídas a cuento ya han sido bien estudiadas por investigadores de acá (la mayoría de los cuales, presentes en este simposio, son discípulos del líder máximo de los estudios abajeños que ahora funge como secretario general de nuestro simposio, Dr. Wigberto Jiménez Moreno) y por ilustres investigaciones de amigos de México (tres de los cuales, con Philip Powell a la cabeza, nos acompañan aquí y ahora). Otras de las características de la vida urbana del Bajío en la época colonial de México andan en busca de investigador. Yo me pondría a dar saltos de gusto si mi torpe e incompleto catálogo de atributos despertara en algún joven estudioso el interés por averiguar alguna de las peculiaridades abajeñas o por recorrer la trayectoria total de alguno de los centros urbanos de esta importante, umbilical, maternal, nuclear, creadora, región de México.

Los Jesuitas, Precursores Ideológicos de la Nacionalidad Mexicana

AURORA JÁUREGUI DE CERVANTES

PARA PODER TRATAR

el tema, considero muy importante elaborar un bosquejo histórico de la obra de la Compañía de Jesús en México, mencionando a sus miembros más ilustres; después pasaré a exponer las razones políticas de su expulsión del país, ya que una vez en el destierro fue cuando dieron rienda suelta a sus ideas nacionalistas y libertarias que constituyeron las primeras disensiones que se establecieron entre España y sus colonias.

Varias décadas más tarde, esas ideas, basadas en la Filosofía moderna europea, fructificaron en los movimientos de Independencia en toda América. Uno de los defensores y expositores de la Filosofía moderna fue el jesuita guanajuatense Andrés de Guevara y Basozábal, quien se expresó así: "Esta moderna filosofía, públicamente se cultiva y se enseña en todas las escuelas; y como estas instituciones se imprimen en esa misma Roma, sede magnífica de la catolicidad. Es verdad que muchos de los modernos filósofos han caído en graves errores; más igualmente erraron muchos otros antes de esta restauración de la filosofía, y no hay por que atribuir a doctrinas que versan sobre asuntos de física, los errores o crímenes que nacen de un corrompido corazón". (1)

En tales pensamientos observamos la amplitud de criterio de los jesuitas, ya que ellos transmitían toda clase de conocimientos indispensables para llevar adelante su obra educadora.

Un discípulo jesuita guanajuatense fue Ignacio Bartolache, de quien se hablará más adelante. También adoptó ese tipo de pensamiento moderno, el que despertó la conciencia de nacionalidad.

Refiriéndose a los jesuitas, el padre Mayagoitia en su obra "*Ambiente filosófico de la Nueva España*" nos dice: "Eran amantes de la filosofía, ya que no era un lujo académico seguir el curso completo de filosofía, sino una preparación necesaria, indispensable para emprender cualquier carrera o para capacitarse a convivir en sociedad como persona culta", con lo cual estoy completamente de acuerdo.

BOSQUEJO HISTORICO

En el siglo XVI nació en España la idea de contrarrestar el impulso que habían tomado las principales manifestaciones de la Reforma Protestante. Con tal motivo, la Iglesia Católica organizó dos órdenes monásticas: la dieguina y la jesuítica, siendo esta última la más importante.

La Compañía de Jesús se instituyó por acuerdo del Papa Paulo III en 1540, pero fue el Papa Julio II quien perfeccionó las reglas de la orden. Su fundador fue Iñigo López de Recalde, quien después sería San Ignacio de Loyola. Era de origen vasco. Teniendo en cuenta las órdenes religiosas establecidas en la Nueva España, la llegada de los jesuitas fue tardía, lo cual ocurrió en septiembre de 1572. Se extendieron pronto por todo el territorio, concentrándose en el Noroeste de la Nueva España. Allí fundaron misiones en la Baja California, gran parte de Durango, la Sierra de Chihuahua, Sonora, Sinaloa, el norte de Nayarit. En toda esa región tuvieron el enorme mérito de aplacar tribus salvajes que vivían en constante discordia; algunas eran antropófagas. Posteriormente los jesuitas se extendieron al centro y a otras partes del país.

Los jesuitas presentaron aspectos diferentes teniendo en cuenta las órdenes religiosas ya establecidas, tales como la

total sumisión al Papa, lo que era muy importante en la época en que los protestantes atacaban a la Iglesia. Dentro de la Compañía, la sumisión de los miembros a los superiores era completa. En su organización interna la Compañía adoptó la estructura de una orden militar, con la finalidad de combatir las herejías. El organismo legislador supremo de la orden era la congregación general que se encargaba de elegir al general (cargo vitalicio), y a los cuatro asistentes generales. El general gobierna la Compañía, nombra a los superiores provinciales y locales y dirige el apostolado de los miembros cumpliendo ante todo las misiones encomendadas por el Papa. La orden ha de mantenerse en permanente disponibilidad para asumir o dejar cualquier apostolado en cualquier país, según lo requiera el servicio de la Iglesia.

Otra de las diferencias con las demás órdenes consiste en que no recluye a sus miembros en un convento ni los obliga a vestirse con un hábito, sino que permite que vivan en sociedad. Su preparación intelectual y técnica es excelente, verdaderamente ejemplar. El método que emplearon para la conversión fue gradual. Primero lograban la acogida de la tribu o comunidad y luego se dedicaban a la construcción de las misiones, que eran centros urbanos donde se agrupaban varias dependencias en torno a la Iglesia, tales como las escuelas de su especial cuidado, talleres para artes y oficios, labores agrícolas y de todo tipo. Así daban una organización social, civil y económica a las congregaciones, al grado de volverlas autónomas. Abrieron caminos y otras vías de comunicación, por ejemplo las de la costa del Pacífico. Su campo de acción no se redujo al aspecto misional, sino fundamentalmente al educativo. Las escuelas superiores, colegios y universidades diseminadas por todo México eran en su mayoría jesuitas.

Existían los llamados colegios máximos, como el de San Pedro y San Pablo en México, en donde se formaban los maestros y se daban las normas para los demás colegios de la Compañía. Se enseñaba Gramática Latina, Retórica,

Filosofía, Matemáticas, Teología y Jurisprudencia. El método comenzó siendo el escolástico modificado por Francisco Suárez, pero debido a las constantes reformas, se introdujeron conocimientos de las ciencias fisicoquímicas y naturales, lo mismo que Astronomía, a medida que pasó el tiempo. La renovación constante se debía a que era una institución internacional que permitía gran afluencia de nuevas ideas provenientes de todas partes donde había jesuitas; por ejemplo, Italia, Francia, Portugal, los Países Bajos, Alemania, Polonia, Escocia, Irlanda, Inglaterra, España, de América y países de Oriente, sobre todo Japón. Así, pues, ejerció influencia dondequiera que estuvo. Los misioneros ampliaron su labor y se convirtieron también en exploradores, topógrafos, cartógrafos, etnólogos, lingüistas, historiadores, entre los que se cuentan el padre Kino, Clavijero, Alegre, etc.

Puede decirse que casi toda la enseñanza pública, secundaria y gran parte de la superior, excepto la Medicina,



Minería y Arquitectura, estaba en manos de los jesuitas. En los colegios se admitían también seculares, pero los Seminarios recibían en forma particular moral y religiosa.

Los jesuitas dejaron una gran obra filosófica en México, y en el siglo XVII se destacaron los siguientes sabios: Andrés de Valencia, Diego Caballero, Diego Martín de Alcázar y Sebastián González.

El padre Andrés de Valencia fue catedrático en la casa matriz de los jesuitas (Colegio de San Pedro y San Pablo en México) y dejó trabajos sobre Filosofía Natural, Lógica y Dialéctica. (2)

Existen obras del padre Diego Caballero en la Biblioteca Nacional de México, tales como "*Institutionum dialecticorum*" Libri 3, donde expone la lógica tradicional. También se conservan las "*Controversias Scholasticorum*" en el Colegio de Santa María.

De Agustín Sierra se encuentra en la Biblioteca Nacional un manuscrito con tratados sobre Aristóteles y su metafísica. En sus obras, al igual que otros jesuitas, está influido por Francisco Suárez, filósofo español que actualizó la escolástica tomista y fue quien separó la metafísica de la teología, lo que se deja ver en su obra "*Disputationes metaphysicae*". En ellas, el padre Suárez no admite la separación entre esencia y existencia del pensamiento tomista. En cuanto al problema de los universales, Santo Tomás había dicho: "Un individuo no es sino materia cuantificada" a lo que Suárez comenta: "los elementos constitutivos de cada cosa individual son los principios de su individuación".

Otra obra de Suárez que causó una revolución en el pensamiento de entonces fue la "*Defensa fidei*", que fue quemada en Londres, pues en ella se niega el derecho divino de los reyes y se sostiene que una comunidad se forma por el consentimiento y la voluntad de los particulares, ya que el hombre tiene la inclinación a reunirse en sociedad. Así pues, desde el siglo XVI ya existía la idea de que la



autoridad nace del pueblo, y no es de los gobernantes por origen divino. Tales ideas van a culminar en 1789 con la Revolución Francesa, y además en la independencia de los países americanos del siglo XIX.

En la misma Biblioteca Nacional de México se encuentran manuscritos del siglo XVII de Diego Martín Alcázar en que se tratan temas basados en el pensamiento de Suárez, según lo confirma el título de una de sus obras: "*Disputationes in Universum Philosophiam Scholasticam quam Metaphysicam Scientiam universalissimam vocant*".

Diego Martín de Alcázar afirma también que la escolástica renovada por Suárez debe ser ampliamente difundida. (3)

EXPULSION DE LOS JESUITAS

A mediados del siglo XVIII aparecen tres corrientes del pensamiento en México: una es conservadora, otra tiende hacia las innovaciones de la filosofía europea, con Descartes y Bacon a la vanguardia y desea olvidar a los escolásticos, y la tercera, que acepta la filosofía escolástica renovada y a la vez queda abierta a las nuevas ideas; ésta es, por tanto, una postura equilibrada y es la que aceptan los jesuitas criollos. Ellos planearon la introducción de las ciencias experimentales en la enseñanza, lo mismo que reformaron el estudio de la lógica haciéndola más ligera. Estos proyectos de reforma educativa se vieron interrumpidos por razones políticas y como consecuencia de ello, los jesuitas fueron expulsados de todos los dominios españoles, Nueva España incluida, en 1767. (4)



Para esas fechas reinaba en España Carlos III, miembro de la Casa de Borbón, quien se había dejado influir por las ideas de la Ilustración, caracterizadas... "por su optimismo en el poder de la razón de reorganizar a fondo la sociedad a base de principios racionales"... esta tendencia afecta a todos los aspectos de la actividad humana y de la reflexión filosófica. En la esfera científica y filosófica propugna el conocimiento de la naturaleza como medio de llegar a su dominio; en la esfera social y política sostiene el despotismo ilustrado; en la esfera moral o religiosa busca la aclaración o ilustración sobre los orígenes de los dogmas y de las leyes, único medio de llegar a una religión natural igual en todos los hombres, aún un deísmo que no niega a Dios pero lo relega a la función de creador y primer motor de la existencia" (5). Así pues, Carlos III se dejó influir por estas doctrinas, a través de sus ministros, conde de Aranda y Floridablanca, y aceptó en lo político el despotismo ilustrado, pues creía en el derecho divino de los reyes, tenía ideas absolutistas y por lo tanto no le convenía la existencia, en España y en sus colonias, de los jesuitas, que le restaban prestigio social, político y económico. Además, al combatir a los jesuitas, se limitarían las intervenciones del Papado en el gobierno de la Iglesia española y se podrían controlar las distintas formas de educación superior. Alrededor de Carlos III se hallaban los masones (cristianos ilustrados) con actitud deísta, enemigos de los jesuitas y por lo tanto del Papado. Destacó Campomanes, aparte de los ya citados ministros de Carlos III, autor del libro "*Tratado de la Regalía de la Amortización*" en el cual propuso la intervención de la monarquía en la confiscación de los bienes eclesiásticos, que constituye el fundamento de las futuras Leyes de Reforma en México. En lo religioso, Rousseau así opinaba del rey: "A pesar de su religión no se mostraba ciegamente dócil a las decisiones de Roma. Dos hombres coexistían en él: el fiel y el rey. El primero de una ortodoxia sin reproche; poco inclinado a las ideas nuevas propagadas por los enciclopedistas, cuyas ideas y doctrinas li-

berales reprobaba; el segundo se apoyaba con gusto en sus consejeros que admiraban y seguían a los filósofos franceses. El rey encontraba en ellos celosos colaboradores para la defensa o la reivindicación de sus derechos regalistas. Se perseguía sin ningún escrúpulo con la serenidad y la perseverancia de un espíritu justo”.

Lo anterior hace saber que existía un enfrentamiento claro entre las ideas de los jesuitas y el concepto absolutista (o para ser más claros, los intereses regalistas de Carlos III), ya que la Compañía de Jesús era una poderosa organización poseedora de inmensas riquezas y gran influencia política y cultural.

Los últimos sesenta y siete años de la estancia de los jesuitas en México constituyeron su edad de oro. Surgieron nuevas instituciones que llevaron la Ilustración a regiones más apartadas de la Nueva España y las antiguas ideas se robustecieron con las reformas que se emprendieron en los planes de estudio.

Entre las fundaciones del siglo XVIII se encuentran:

- 1702: Seminario de San Ignacio de Loyola en Puebla;
- 1714: Colegio de Monterrey;
- 1716: Residencia de Campeche;
- 1718: Residencia de Chihuahua;
- 1720: Colegio de Celaya;
- 1731: Colegio de León;
- 1732: Colegio de la Purísima en Guanajuato;
- 1751: Colegio de San Xavier en Puebla.

JESUITAS ILUSTRES MEXICANOS DEL SIGLO XVIII

Entre los jesuitas más connotados encontramos a Francisco Xavier Alegre (1729-1777), de origen veracruzano, quien en su obra *“Instituciones teológicas”* trata sobre el tema del origen de la autoridad (allí se nota la influencia



de Suárez), en donde nos dice: "...la autoridad civil no viene inmediatamente de Dios a los gobernantes, sino mediante la comunidad". Este jesuita tuvo una vasta preparación: estudió Letras, Teología, Filosofía, Derecho; dominaba el italiano, el francés, el griego, el inglés, el náhuatl, el latín, y como dice Decorme "...es el hombre más universal y de más vasta erudición entre los jesuitas mexicanos... es el único jesuita que sabemos de cierto que halla leído a Voltaire" (7). Entre sus obras se encuentran, aparte de las ya citadas, la "*Historia de la Provincia*", 14 libros de elementos de geometría, traducciones del francés en versos clásicos españoles de tres cánticos del "*Arte poética*" de Boileau y en versos latinos, la "*Iliada*", a partir del original griego. Se le considera uno de los más grandes latinistas.

Otro muy notable es Francisco Xavier Clavijero (1731-1787). El P. Cuevas nos dice de él: "Su afición favorita fue la historia de su país natal. Esta afición era intelectual y además afectiva, pues provenía precisamente de la estima que tenía a los indígenas, y ese sentimiento lo acompañó toda su vida y resplandece en toda su obra" (8). Escribió su "*Historia antigua de México*" durante el destierro. Según la opinión que da González Obregón es "una obra con excelente método, aceptable crítica y selecta erudición, limpia de fastidiosos textos y en estilo elegante, trazará el cuadro de la civilización indígena y de la conquista hispánica que no la tuvimos hasta la aparición de la "*Storia antica del Messico*". Al igual que Alegre, sus conocimientos fueron muy completos; secretamente estudió a Descartes, Leibnitz, Newton, porque entre los jesuitas del siglo XVIII se miraba como peligrosa para la pureza de la doctrina la lectura de tales libros. Además de la obra citada escribió una "*Historia de California*" que fue completada por su hermano Ignacio. (9) El "*Cursus philosophicus*" y el "*Diálogo entre Filoctetes y Paleófilo*" son otras de sus obras.

Podemos citar a un notable jesuita guanajuatense, Ignacio Bartolache, quien, con otros jesuitas, propugnaba por el progreso cultural de la Nueva España, retardado en comparación con las naciones europeas. Otro jesuita guanajuatense fue Basoazábal. Otros notables fueron los padres Diego José Abad, Agustín Castro, Raymundo Serdán, José Julián Parreño y Andrés Cavo. Se puede asegurar, como lo dice Rafael Moreno "... que los jesuitas fueron eclécticos, tanto en la exposición de las doctrinas nuevas como frente a las enseñanzas de sus mayores, si bien nunca usaron la palabra... su modernidad se resuelve en un eclecticismo que responde al drama surgido a propósito de su conciencia religiosa y su conciencia moderna". (10)

O como dice el mismo Clavijero: "... en ello, sin ninguna intención de parcialidad, sino llevados por el amor sincero de la verdad, escogimos en cada una de las cuestiones la opinión que nos pareció más verosímil".

Andrés de Guevara y Basoazábal, en el destierro, hace una exhortación a la juventud en los siguientes términos: “Restame sólo, oh jóvenes mexicanos, dirigiros nuevamente la palabra para rogaros con la mayor insistencia que améis el estudio con especial predilección y os entreguéis con toda el alma al cultivo de la filosofía”. (11)

No obstante el descalabro que significó para los jesuitas su expulsión de México por el virrey marqués de Croix y el visitador conde de Gálvez, y posteriormente por la disolución de su orden por bula del Papa Clemente XIV, siguieron escribiendo e investigando en el destierro y actuando sobre la conciencia nacional mexicana, ideas que los criollos aprendieron y pusieron en práctica. En las naciones a donde llegaron (Italia, Prusia, Polonia, Córcega, Ferrara,) se encontraron con las grandes calumnias de que fueron víctimas; su reacción fue clara: combatieron a los déspotas ilustrados y añoraron las tierras donde nacieron y trabajaron con afán. A los jesuitas se deben las noticias diferentes sobre los indios, como puede observarse en la lectura de los libros escritos por ellos. Hubo varios cronistas como Rafael Landívar, guatemalteco, que escribió la “*Rusticatio Mexicana*”, poema en latín sobre muchos aspectos de México.

Otros humanistas que intervinieron en la formación de la conciencia nacional mexicana fueron Agustín Carlos Castro y Juan Maneiro, quienes difundieron el sentimiento nacionalista en escritos, pláticas, intercambio de opiniones con los criollos, etc., por lo cual, de hecho, fueron los precursores del movimiento revolucionario de independencia. Esta actitud se acentuó cuando fueron injustamente desterrados. Fue entonces cuando sublimaron sus nostalgias escribiendo crónicas diversas sobre América. Desde el extranjero difundieron su pensamiento a los criollos con quienes tenían contacto, sobre todo con sus discípulos, y éstos a su vez lo transmitían al resto de la población accesible.

Dice Rafael Moreno: “Con los jesuitas el pensamiento antropológico que parecía haber perdido vigor después del

siglo XVI, vuelve a ocupar el primer plano, con la diferencia de que ahora, gracias al influjo de la modernidad, el hombre comienza a ser considerado como un fin en sí mismo. El interés humano les impele a buscar en el pasado histórico la grandeza indígena y criolla; hablan nuevamente sobre la injusta esclavitud, establecen la libertad como derecho inviolable y piensan que el pueblo es el sujeto de origen de la autoridad". (12)

Los discípulos de los jesuitas van a continuar propagando su pensamiento moderno en México. Maneiro lo demuestra en un escrito desde su destierro donde dice: "Quedan hoy día algunos adolescentes que han sido honra y prezo de la patria y sobresale entre ellos José Alzate, de cuyos asiduos trabajos nos llegan noticias a despecho del inmenso mar que nos separa" (13) Participan de la misma inquietud jóvenes como Velázquez de León, Esteban Morel, Pérez Calama e Hidalgo. De entre ellos se destaca el guanajuatense José



Ignacio Bartolache, ya citado, quien gozaba de una amplia cultura. Era profesor de Teología, Medicina, Filosofía, Matemáticas y Astrología. Su obra como filósofo consiste en un pequeño tratado del método de las ciencias y de la verdad, tema que pudo reforzar debido a sus conocimientos matemáticos. En él concluye que en cualquier ciencia puede usarse el método matemático, cosa en la que están de acuerdo numerosos filósofos actuales como Mario Bunge. Bartolache separa el saber de la razón y el saber de la fe. Opina a este propósito: "Nuestra intención —dice de la Teología— es reverenciarla y no confundirla con el resto de la ciencia humana . . . Confesamos de buena fe su alta dignidad, su importancia y la limitación de nuestros conocimientos". (14)

En 1769 Bartolache publicó un cuaderno titulado "*Leciones matemáticas*". Desde todos los puntos de vista es un filósofo moderno, que sigue a Descartes, Wolf y Leibnitz, etc. Para exponer sus ideas publica un periódico, "*El Mercurio volante*", donde manifiesta su nacionalismo y su afán de salvaguardar a sus compatriotas, a través de una reforma educativa, con la introducción de un método nuevo basado en la publicación de la ciencia y la técnica, pero adecuándolas a las circunstancias de México. Su filosofía, por lo tanto, no es sólo teórica, sino también práctica; es decir, que en ella se prelude el pensamiento de Kant en cuanto a esas concepciones. Según Bartolache, la filosofía corresponde a todos los hombres y con ello está de acuerdo Alzate, quien afirma: "El filósofo es el que se preocupa por la mayor felicidad de los hombres". La filosofía es para él una ciencia útil que se basa en la experiencia.

El otro discípulo de los jesuitas, José Antonio Alzate, tiene más presente el deseo de independencia que Bartolache, aunque como éste también adopta la filosofía moderna y la divulga, pero ataca la Escolástica porque esta "filosofía que tanto ha prevalecido en las escuelas con grave detrimento respecto a la utilidad pública y con el vilipendio con que nos tratan los extranjeros llamándonos ignorantes". (15) Al-

zate escribió en numerosos periódicos y por años en la "*Gaceta de Literatura*", siempre con el mismo tipo de ideas.

También de educación jesuita fue Benito Díaz de Gamarra, a quien le tocó organizar la obra de los jesuitas en México. Publicó su obra con el nombre de "*Elementos de Filosofía Moderna*", que fue señalada como texto en varios colegios. Al contrario de Alzate, su intento fue salvar la Escolástica, o más bien conciliarla con la ciencia experimental, tal como lo hicieron algunos filósofos escolásticos modernos como Losada, Genovesi, Lamy y Purcho (16). Todas estas ideas se van a plasmar en la conciencia de los mexicanos con la intención de que surja una conciencia nacional. Se difunden a través de los periódicos y otros escritos, donde también se valora todo lo mexicano y se fomenta el deseo de ser útiles a la patria. La filosofía se dirige a la vida práctica; es decir, son humanistas y por tal razón los jesuitas se consideran como los precursores de las ideas de independencia no sólo en México, sino en toda la América Latina. Son pues, los enciclopedistas de este continente. Las ideas europeas las trasladaron y adaptaron a América, y las utilizaron en favor de sus diferentes pueblos. Para ello formaron una filosofía ecléctica con fines utilitarios para el bienestar de las naciones futuras, México entre ellas.

Así pues, de lo anteriormente expuesto, se concluye que los jesuitas gestaron un movimiento de toma de conciencia y de emancipación en los americanos. Se propugnó por la libertad, la verdad y la justicia social. Todo ello dentro del marco doctrinario y moral del catolicismo, según el cual todos los hombres tienen derecho a aspirar a un mejor modo de vida. La politización fue patente cuando, al comenzar el siglo XIX hubo por dondequiera brotes de independencia en América, cuyos precursores pues, fueron los jesuitas.

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

- (1) Andrés de Guevara y Basoazábal, citado en el libro de Antonio Ibargüengoitia *Filosofía Moderna* (México, Porrúa, 1976) p. 97.
- (2) José María Gallegos Rocafull. "La filosofía en México en los siglos XVI y XVII". *Estudios de historia de la filosofía en México*. (México, U.N.A.M., 1963) p. 142.
- (3) *Ibid.* p. 143.
- (4) Antonio Ibargüengoitia. *Op. Cit.* p.p. 69, 70.
- (5) Diccionario Filosófico de Ferrater Mora.
- (6) Gerard Decorme. *La obra de los jesuitas mexicanos durante la época colonial*. V. I. (México, Porrúa, 1941) p. 103 a 125.
- (7) Citado por Ibargüengoitia. *Op. Cit.* p.p. 83, 84.
- (8) Mariano Cuevas, prólogo a la obra de Francisco Javier Clavijero (México, Porrúa, 1964) p. X.
- (9) Rafael Moreno. "La filosofía moderna en la Nueva España" *Estudios de historia de la Filosofía en México* p. 185.
- (10) *Ibid.* p.p. 198 y 199.
- (11) Cit. por Ibargüengoitia *Op. Cit.* p. 98.
- (12) Rafael Moreno. *Op. Cit.* p. 201.
- (13) Rafael Moreno. "La filosofía en la Nueva España" *Filosofía y Letras*. Revista de la Facultad de Filosofía y Letras, No. 27, Julio-Septiembre 1974, U.N.A.M. p. 24
- (14) Citado por Moreno. *Ibid.*
- (15) José Antonio Alzate. *Gaceta de Literatura* I. Puebla p. 16.
- (16) Victoria Junco Posadas cit. por Moreno en *La filosofía en la Nueva España* p. 38.

BIBLIOGRAFIA

- ALZATE, JOSE ANTONIO. *Gaceta de Literatura I*. Puebla.
- CLAVIJERO, FRANCISCO JAVIER, S. J. *Historia antigua de México*. Prólogo de Mariano Cuevas. México, Porrúa, 1964 (Sepan Cuantos No. 29).
- CUEVAS, MARIANO. *Documentos inéditos o muy raros*. Tesoros Documentales de México, Siglo XVIII. México, Galatea, 1944.
- DECORME, GERARD. *La obra de los jesuitas mexicanos durante la época colonial (1572-1777)* México, Porrúa, 1941 V. I.
- FERRATER MORA, JOSE. *Diccionario de Filosofía*. Buenos Aires, Sudamericana, 1970.
- IBARGUENGOITIA, ANTONIO. *Filosofía Mexicana en sus hombres y en sus textos*. México, Porrúa, 1976, (Sepan Cuantos No. 78).
- KONETZKE, RICHARD. *América Latina II*. La época colonial, México, siglo XXI, 1971.
- LOZAYA, Marqués de. *Historia de España V*. Barcelona, Salvat, 1969.
- MAYAGOITIA, DAVID. *Ambiente filosófico en Nueva España*. México, Jus, 1942.
- MORENO, RAFAEL "La filosofía en la Nueva España" *Filosofía y Letras*. Revista de la Facultad de Filosofía y Letras de la U.N.A.M. No. 27, Julio-Septiembre de 1947.
- OLMEDO, DANIEL *Historia de la Iglesia III*. Los jesuitas. Morelia, Fimax publicistas, 1946.
- SHACKETON y otros *El siglo XVIII. Europa en la época de la Ilustración*. México, Labor, 1972.
- Varios autores. *Estudios de historia de la filosofía en México*. México, U.N.A.M., 1963.

Visiones de Guanajuato

ISAURO RIONDA ARREGUÍN

EN EL TRANSCURSO

del siglo XIX, el ahora estado de Guanajuato y toda la República, fueron sumamente visitados por viajeros europeos y norteamericanos, incitados por el conocimiento que Alejandro de Humboldt, por medio de su "*Ensayo Político sobre el Reino de la Nueva España*" había hecho de nuestro suelo y sus atractivos económicos; además de que México libre de España, resultaba ser una pieza que todos querían atrapar para sí: Estados Unidos para extender su territorio en la América Hispánica y aumentar su poderío económico ya en vías rápidas de desarrollo. Los países europeos para contener esos deseos de los norteamericanos y para contar con una rica colonia que explotar en América.

Lo anterior y otras razones, son los motivos que impulsaron a visitar nuestro suelo y a escribir muchas veces sus experiencias de aquí, que también en varios de los casos llevaron a las prensas, de donde resultaron libros de interés egoísta para su momento, o de carácter exótico por lo que describen de México. Pero al paso del tiempo, esas obras se han convertido en documentos fundamentales para conocer un momento de la historia de nuestras provincias, campañas, costumbres, usos, economía, riquezas, etc.

Mathieu de Fossey, es uno de esos viajeros que estuvo en varios lugares del Estado de Guanajuato y en plena mitad del siglo XIX, así como varios otros lugares de la República, escribiendo como corolario de sus viajes dos libros descriptivos de los lugares que pisó y que resultan ser fundamentales para el conocimiento de esa época, como para apreciar el concepto que los extranjeros que nos visitaron tenían de nosotros y de nuestras cosas.

Colmena

UNIVERSITARIA 73

A los pocos días de consumarse la independencia de México se inició una campaña que durara muchos años de la pasada centuria, tratando de provocar la colonización de varias regiones que se encontraban deshabitadas. Esta campaña fue sobre todo dirigida a europeos católicos y se realizó por medio de promulgaciones de leyes y propaganda al respecto.

Tadeo Ortiz de Ayala tuvo el proyecto de colonizar la región de Coahuila de Zaragoza, publica su idea, Lucas Alamán la hizo suya, la llevó al Congreso y el resultado fue la ley de colonización del 14 de octubre de 1822.

En 1826 el Congreso del Estado de Veracruz, ya que Coahuila de Zaragoza se encontraba dentro de su territorio, aprobó la anterior ley, por considerar útil y necesaria la colonización en su rico suelo, pues como dijo en la exposición de motivos de su aprobación: "El ejemplo del inglés constante, el alemán austero, el francés activo y el virtuoso estadounidense, germinará en nuestros sencillos campesinos. Las nuevas ideas y relaciones que les presentaron, les enseñarán a armar el trabajo y la economía doméstica".

La propaganda de esta ley se inició profusamente en Europa. Dos franceses, de apellidos Giordan y Villeveque, respectivamente, socios interesados en colonizaciones, se entusiasmaron con México al conocer la ley citada; deseaban emprender el cultivo del gusano de seda, de la vid y el olivo en nuestro suelo, por lo que viajan a México en 1828, firman un contrato con el Gobierno de Veracruz, mediante el cual se les otorgaron 300 leguas cuadradas de suelo en Coahuila de Zaragoza, siempre y cuando transportaran a México 300 familias de europeos católicos, de buenas costumbres, en el lapso de tres años y que se dedicaran a cultivar ese terreno que se les había dado.

Los socios galos hicieron la promoción adecuada en Francia, se inscribieron los interesados, entre ellos Mathieu de Fossey, el que había nacido en 1805, posiblemente en

Dijon, Francia, habiendo estudiado para maestro. Salió con sus 688 compañeros para México entre 1829 y 1830, repartidos en tres barcos: el "Hércules", el "América" y el "Diana". Llegaron al lugar por colonizar, Coatzacoalcos, y se encontraron con que todo lo prometido en la invitación no se había realizado, como habitaciones, deslindes de terrenos, etc. Pasó el tiempo, muchos no soportaron el clima malsano y murieron, otros se volvieron a Francia y otros, los menos, se desparramaron por México; de éstos últimos fue Fossey, y como él dice: "Sin enajenar mi independendencia, he aceptado en ese país (México) funciones honorables", como ejercer el magisterio en Colima y otros trabajos, permaneciendo en México hasta después de 1854, en cuya fecha se encontraba en Guanajuato, o sea que estuvo en nuestra patria por más de veinticinco años, de donde volvió a Francia, donde publicó dos obras de las experiencias que adquirió aquí, una titulada "*Viaje a México*" y otra, de la que nos ocupa-



remos, "*Le Mexique*", editada en 1857. Murió en el año de 1870.

En la segunda de las obras, "*Le Mexique*", describe su prolongada estancia en México, las varias ciudades, pueblos, campos, instituciones culturales, de enseñanza, fábricas, minas, etc., que le parecieron de interés. De nuestro Estado visitó y narró su opinión del Bajío, del que vierte los más exaltados elogios, no así de sus hacendados, y de las poblaciones como León, Marfil, Mellado, Guanajuato, en donde se detiene muchos días del año de 1854, estudiando la ciudad, sus habitantes y habitaciones; pero fundamentalmente su minería, desde las profundas oquedades, hasta la típica venta del mineral extraído.

Incorre en algunos errores, tales como señalar fecha exacta de fundación a la ciudad de Guanajuato, la que formalmente no fue fundada, sino que se inició su población al descubrirse riquezas mineras y se desarrolló paralelamente a las bonanzas de éstas; como también señalar que la mina de la Valenciana se descubrió en 1770, lo que fue en el anterior año de 1760; o también que las minas de Mellado y Rayas estuvieron abandonadas durante los siglos XVI, XVII y XVIII, lo que no es cierto, pues desde su descubrimiento hasta la época en que Fossey estuvo en Guanajuato no habían dejado de producir, con sus correspondientes altibajos, propios de esa industria en cualquier parte del mundo.

Descripciones sabrosas son su descenso a la mina de Mellado, o su presencia en el mismo mineral el 24 de septiembre, en la fiesta de la Virgen de la Merced, acompañado del Comandante de esta Orden; así como la actitud de este Comandante en sus manifestaciones mundanas; o su opinión sobre la venta de mineral en la forma llamada "rescate".

Hace gala de su cultura, sin pandería, al decirnos el origen medieval, guerrero, católico, de la Orden de los Mercedarios, que tenían su convento en Mellado; así como alagadora resulta su opinión sobre los miembros del Tribu-

nal de Justicia del Estado, que él conoció; como también su sincero concepto sobre el probo gobernador de la entidad, Muñoz Ledo; o sus palabras del pie de la página 212 de su texto, donde dice: "En el Colegio de Guanajuato (Colegio del Estado), que considero como el primero de la República, después de la Escuela de Minas de México, las clases de Matemáticas se hacen muy bien".

Como buen francés de su tiempo, no deja de sentir gran orgullo de serlo, así como su placer de que México sea un país afrancesado, al grado de que dice: "Esta influencia francesa está ahora muy marcada en la sociedad mexicana: ninguna nación ha tenido ahí una parte igual a la nuestra. Yo he podido constatarlo. En cuestiones de otra naturaleza, he tratado de demostrar, tanto como es posible, que la dominación francesa es la única que podrían soportar los mexicanos, si ellos invocaran algún día una intervención extranjera, o si los gabinetes de Europa se las impusieran como indispensables para su propia seguridad".

Su larga estadía en México, sus muchos viajes en su territorio, le dan la seguridad de emitir juicios más sólidos, imparciales, profundamente pensados, lo que lo reviste de autoridad al respecto y lo obliga a juzgar cruelmente a otros viajeros de vuelo de pájaro, como a Madame Calderón de la Barca, o Michel Chevalier, al decir de ellos: "Tampoco concederé a la Señora Calderón de la Barca los requisitos del buen crítico, aunque, es verdad, ha vivido más tiempo en este país que Mr. Michel Chevalier; pero no concurren en ella las condiciones necesarias para conocerlo todo y juzgar bien. Siempre que se ha fijado de las noticias que le daban sus criados u otros extranjeros como ella, ha incurrido en exageraciones, y cuando le causaba admiración un orden de cosas, que no obstante, se encuentran en la ley común, y no puede existir de otro modo, ha citado como disparates ciertas circunstancias, a menudo indiferentes por sí, sacrificando así la síntesis al análisis, sin advertir que perdía de vista la filosofía del carácter nacional. En fin, ha

juzgado al país por el momento presente, sin tener en cuenta lo pasado, tan cerca todavía, ni los adelantos que se han obtenido” .

Fossey exige que el autor extranjero al escribir sobre el país visitado debe despojarse de todo perjuicio nacional o de superioridad y dedicar a la observación y análisis de los hechos el tiempo suficiente para obtener un resultado más exacto.

De la obra “*Le Mexique*” de Fossey publicamos la “Nota introductoria” y parte del capítulo XII; la primera por ser importante por los conceptos que vierte como escritor extranjero y hacia los también escritores extranjeros, como por narrar el interesante planteamiento de su obra; el segundo, o sea parte del capítulo XII, porque en ello describe los lugares del Estado de Guanajuato que visitó y que consideró más sobresalientes.

Como Cronista de la Ciudad de Guanajuato, me he propuesto hacer una serie de publicaciones que he denominado “Visiones de Guanajuato”, y que consistirán en las narraciones, juicios, apreciaciones de viajeros extranjeros que nos visitaron en el pasado siglo. Pero no me restringiré a lo dicho sobre la ciudad capital, sino que ampliaré el trabajo a lo narrado de todo sitio del Estado, por considerarlo así necesario como obligación histórica.

En la presente publicación y a fin de hacer más fácil su lectura, las notas de pie de página como las del fin del libro se intercalaron en el texto en su parte correspondiente, tratando de que quedaran coherentes con éste, así mismo la traducción del francés al español, que se debe a Luis Miguel Rionda Ramírez, seguramente no resulta ser bella, desde el punto de vista literario, porque se prefirió sacrificar ésta para ganar en exactitud histórica, que es lo que se persigue.

Le Mexique

Mathieu de Fossey

Traducción de Luis Miguel Rionda Ramírez.

NOTA INTRODUCTORIA

Se han publicado ya muchos libros sobre México: Arqueología, Historia Natural, Política, Etnografía, costumbres, usos, religiones, comercio, industria; ese bello, rico país, ha sido estudiado bajo todos los aspectos, y sin embargo se puede decir que, aparte de la gran obra del Sr. Humboldt, uno de esos monumentos que honran un siglo, México no ha inspirado ninguna obra, científica o literaria, verdaderamente digna de permanecer. Seguramente el talento no siempre ha hecho falta a los viajeros que han visitado, para hacerla conocer, esta parte del continente americano; pero ellos estaban situados en un falso punto de vista para juzgar bien, y en condiciones desfavorables para pintar lo que tenían ante los ojos. Para no hablar aquí más que de los que han descrito este país como viajeros y los que lo han estudiado como filósofos o como moralistas, la mayor parte han escrito corriendo y consecuentemente sin exactitud, dejando en la sombra los hechos más interesantes, y extendiéndose largamente sobre detalles de un orden secundario y que no valían la pena de ser recogidos. En cuanto a los estudios sobre el carácter y las costumbres de los mexicanos, la fantasía domina en ellos, y los mexicanos son presentados ahí en su peor día. Para pintar con veracidad un país nuevo, no es suficiente detenerse ahí algunas semanas, es necesario dedicar largo tiempo a esta obra. Uno la realiza con tanto más éxito como logre despojarse más completamente de sus prejuicios de nacionalidad. Pero parece, en verdad, que la mayor parte de los viajeros del Viejo Continente que vienen a visitar el nuevo Mundo, tienen cuidado de llevar con ellos, como una parte esencial de su equipaje, sus actitudes nativas, sus ideas preconcebidas, sus opiniones hechas. Despreciadores innatos y de partido tomado de todo lo que ellos ven por primera vez, no dan gracia a nada que se presente ante ellos bajo una forma que no les es familiar. Sus hábitos, su educación europea, son un obstáculo a la independencia de su pensamiento, y ellos no logran juzgar sanamente hombres y cosas de la tierra extranjera. Su nacionalidad les fascina:

es muy seguido que de buena voluntad son injustos y denigrantes, no sabiendo tener en cuenta las diferencias que pone entre los pueblos la diversidad de origen y de raza, y sobre todo el clima, a quien Montesquieu da con razón una tan grande parte de influencia sobre las costumbres. En una palabra, es apenas si estos observadores ligeros o prevenidos quieren convenir que se pueda encontrar espíritu, razón, heroísmo y virtudes en un pueblo que no habla su lengua y que se viste de otra forma. Eso hace recordar la palabra tan divertida de Montaigne a propósito de los tres salvajes que fueron presentados al rey Carlos IX, en Rouen, los cuales hablaron de una manera tan sabia y tan sensata: "No está mal: ¡pero qué! ¡ellos no llevan siquiera calzones!"

Yo he vivido mucho tiempo en México; lo he recorrido muchas veces en todas direcciones. Mis proyectos, mis gustos o los azares de mi vida me han conducido sucesivamente de la choza del colono o de la tienda de campaña del viajero a los más grandes centros de población. Sin enajenar mi independencia, he aceptado en ese país funciones honorables; mis deberes me han creado ahí numerosas relaciones; mi corazón ha formado ahí amistades que siempre me serán queridas y que me han consolado en ese exilio tan largo, pero después de todo voluntario. Así he visto bajo todos sus aspectos, bajo todas sus latitudes, esta comarca tan fecunda, tan ricamente coloreada, y he estudiado, en todos los grados de su civilización, desde el indio perdido en las más lejanas soledades, hasta el ciudadano de la metrópoli, esta sociedad mexicana todavía mal conocida o al menos mal juzgada. Lo que he visto, lo que he sentido, lo he escrito: así nació esta obra. Yo puedo decir a mi turno, como Montaigne que cité antes: Esto es un libro de buena fé.

A pesar de mi deseo de no herir a nadie, no disimulo que algunos pasajes de este libro magullarán las susceptibilidades de muchos mexicanos. ¿Qué hacer en este caso? No he tenido la intención de escribir sólomente un panegírico. Yo coloco muy alto en mi estima el rol del escritor para ha-



cerlo descender al de adulador. He dicho la verdad porque he querido ser útil. Es a mi entender la única forma de pagar a ese país mi deuda de hospitalidad. Pero escribiendo sobre México, no podía, yo francés, olvidar Francia. Para el viajero lejano, la patria ausente es siempre el pensamiento secreto, acariciado en el fondo del corazón y querido entre todos los otros. Este libro interesa entonces también a los franceses. Y además, ¿de qué país se puede hoy hablar donde la civilización de Francia no haya irradiado y hecho sentir su influencia? Esta influencia francesa está ahora muy marcada en la sociedad mexicana: ninguna nación ha tenido ahí una parte igual a la nuestra. He podido constatarlo. En cuestiones de otra naturaleza, he tratado de demostrar, tanto como es posible, que la dominación francesa es la única

que podrían soportar los mexicanos, si ellos invocaran algún día una intervención extranjera, o si los gabinetes de Europa se las impusieran como indispensables para su propia seguridad.

Este libro aborda casi todas las cuestiones. El hombre político y el economista no lo leerán sin fruto; el comerciante encontrará aquí advertencias útiles, el colono informaciones importantes, el arqueólogo y el turista nociones que los guiarán en sus viajes; en fin el naturalista podrá recoger en él muchos hechos todavía no observados.

No me sujeté en esta obra a un método muy riguroso. Dejo un tema para pasar a otro; luego regreso más tarde al tema que había abandonado. Las nociones y los hechos que se encuentran unidas por relaciones naturales se encuentran diseminados, intercalados de hechos y de nociones de un orden totalmente diferente. Una distribución lógica de las materias parecería más cómoda para el lector que quiere instruirse; ella facilitaría sus búsquedas. Eso es cierto, pero en este libro me dirijo mucho menos a los sabios que a la parte menos ilustrada de las gentes del mundo. Yo viajo, y digo lo que veo en mi ruta. Siguiéndome en mis excursiones, se puede gustar el placer de la variedad, que tiene para todos un atractivo tan poderoso. ¿He alcanzado mi objetivo apartándome así de las reglas de un método riguroso? Es al lector a quien corresponde decidir la cuestión.

CAPITULO XII

El país que se extiende desde Guadalajara hasta el Bajío está casi siempre sin vegetación en la estación seca y sin cultivo en la de lluvias. Los desiertos de Arabia no ofrecen cuadros más tristes. Algunas ciudades se encuentran en el camino: la primera, San Juan de los Lagos, es célebre por su gran feria del mes de diciembre, a donde se rinden comerciantes de toda la región comprendida entre México y la frontera norte. Hundida en una estrecha cuenca, no cuenta más que un pequeño número de calles alrededor de la

plaza principal; y sin embargo más de doscientas mil almas se encuentran ahí reunidas en tal festividad. La gente del pueblo, los arrieros con veinte mil mulas de carga acapan sobre las colinas, abandonando a los comerciantes el interior de la ciudad. En la tarde, innumerables fuegos de vivac brillan en las alturas.

Durante el transcurso del día, es una barahola, un barullo que da vértigo. El movimiento disminuye después de la puesta del sol; pero aún se escucha un murmullo sordo, semejante al zumbido de una colonia de abejas.

Esta ciudad por ella misma no ofrece nada a citar que su iglesia, una de las más hermosas de México; el interior, libre de esas maderas esculpidas, de esos revestimientos dorados que obstruyen la nave de las iglesias de México y Puebla, se hace remarcar por la elegante simplicidad de sus ornamentos y la elevación de su ábside. Lo que allí ví me recordó la iglesia de Notre Dame de Dijón, donde elevé a Dios mis primeros ruegos. Estos ruegos, que la infancia no comprende nada, pero la inocencia que los caracteriza les presta un mérito ante el Eterno.

Lagos viene enseguida. Su clima es favorable a la belleza: ahí las mujeres tienen el tinte tan fresco, tan rosado como en los países fríos.

La tercera ciudad es León, donde se dice que la población alcanza cien mil almas. Aunque bastante comerciante y situada en una campiña muy fértil, tiene fama de ser pobre; también ahí se vive muy barato.

Henos aquí en el Bajío: ante nosotros se dibujan en el horizonte las montañas de Guanajuato, que han vertido tanto oro y plata en la circulación, y que esconden todavía tesoros que diez siglos de trabajos no podrían agotar. Pronto llegaremos a los desfiladeros de Marfil, y nosotros descubriremos sobre las alturas que nos enfrentan grupos de casas que parecen pertenecer a poblados separados: no son, sin embargo, sino los diferentes barrios de una misma ciudad cuyo

centro nos es ocultado por otras colinas. A medida que nos hundimos en este desfiladero, encontramos calles que suben o que descienden, casas que se aprietan en el escarpado terreno: otras trepan sobre su cuenca abrupta o se sientan en su cúspide. Es ahí donde la gente del pueblo y una gran parte de la clase media vienen a buscar una vivienda, seguido insuficiente para contenerlos con comodidad. Las familias ricas habitan alrededor de la plaza principal y en las calles adyacentes; pero no por éso sus casas están exentas de irregularidad. Se ven algunas cuya planta baja y caballerizas se encuentran en el primero o segundo piso sobre las calles de atrás.

Cuando Humboldt vino a Guanajuato, a comienzos de este siglo, ya se notaban algunas hermosas casas, notablemente la de la familia Otero de la que él habló; pero se cuenta hoy un número de ellas mucho más grande, elegantemente construidas y ricamente decoradas por dentro. El viajero no puede impedirse de expresar su pesar viendo tan espléndidas viviendas en ese agujero incómodo; deplora la ceguera de los que no han retrocedido ante un desembolso de cien mil pesos para construirse una casa ahí donde le parece que ninguna persona rica debería querer habitar. En efecto, el terreno es tan irregular, que uno se fatiga yendo de una calle a otra; además el lecho de un torrente que atraviesa la ciudad en zig-zag es el receptáculo de las inmundicias, y los vapores que de ahí salen corrompen el aire a punto de rendirlo pestilente en los grandes calores. Los vapores de ácido sulfúrico que se respiran en el rumbo de la Casa de Moneda son tan insalubres, que asfixian a los pájaros; en fin, las emanaciones de los lodos metálicos y de las aguas podridas de las fábricas, introducen en el aire principios heterogéneos cuya influencia se manifiesta sobre los recién llegados con obstrucciones en las encías, ligeras hemorragias, afecciones cutáneas, toses secas, y sobre todo el mundo, males estomacales, neuralgias y desinterías. El zopilote, este útil rapaz de América, que encontraría una vida tan fácil en el lecho del torrente, teme sin embargo aproximarse

a la ciudad; es un lugar demasiado insalubre para él. Se le encuentra sobre el camino de Marfil; pero jamás cruza la barrera.

Cosa asombrosa ¡incomprensible! el cólera-morbus, que, según las probabilidades, debería hacer estragos espantosos en Guanajuato, no ha surgido con más fuerza que en los lugares donde el aire se encontraba más puro; él ha huído lejos de las emanaciones mercúricas, encontrándose de preferencia sobre los puntos más elevados y más sanos, como Mellado, la Luz, Santa Rosa, etc. ¡Otra contradicción no menos rara! después de haber pagado un ligero tributo a este clima anormal, en los primeros tiempos de mi llegada, mi salud se fortificó ahí sensiblemente. Muchas personas de mi conocimiento que sufrían afecciones crónicas contraídas en Europa o en otras provincias de México, sanaron de ellas igualmente en Guanajuato, o encontraron ahí una mejoría a su estado.

Los enfermos van a respirar un aire puro y sano a una media legua de la ciudad, en lo alto de la barranca. Se han construído ahí algunas casas de recreo, que se prestan mutuamente, y este lugar se convirtió en término para paseo; sería difícil de crear otro en Guanajuato. Se ven también dos malecones para retener el agua de las lluvias, ya que a esta ciudad le faltan pozos y manantiales perennes.

¿Cuál es entonces el poderoso motivo que ha hecho que una población de 45,000 almas venga a hundirse así en este desfiladero salvaje e incómodo? Después lo veremos.

Guanajuato fue fundado en 1554. Cuatro años después, se abrieron los pozos de las minas de Rayas y de Mellado, a un cuarto de legua de la ciudad; pero estuvieron casi abandonadas hasta la mitad del siglo diez y ocho. El filón de la Valenciana no fue descubierto sino hasta 1770 por un señor Obregón, que recibió del rey de España el título de Conde de la Valenciana. Esta mina dió una renta anual de cerca de tres millones de pesos, término medio hasta el tiem-

po de la insurrección, época en que los trabajos fueron interrumpidos. Hubo años donde se obtuvieron hasta siete millones de pesos, suma igual a todo el dinero que salía de las minas del Perú. El mineral, sin embargo, no ha sido ahí jamás muy rico, pero se le encontraba en abundancia: tres mil molinos estaban constantemente ocupados en triturarlo (se lee en la Geografía de Balbi, 3a. edición, en el artículo sobre Guanajuato, donde se habla de la mina de Valenciana: "Ha habido años tan productivos que la ganancia neta de sus propietarios, los señores Obregón y Otero, se ha elevado a la suma de seis millones de francos" Es seis millones de pesos (treinta millones de francos) lo que debía decir). Una compañía inglesa retomó los trabajos en 1826; pero después de haber desembolsado fuertes sumas para vaciarla, no retiró los frutos que de ellas esperaba, y la abandonó. El agua se apoderó de ella de nuevo.

Los cuatro tiros de la Valenciana han costado alrededor



de dos millones y medio de pesos. El más grande mide treinta y siete metros de circunferencia, y un poco menos de seiscientos de profundidad. El agua sube actualmente hasta ciento cincuenta metros del nivel del patio.

Las minas de Rayas y de Mellado, no han cesado jamás de rendir bellas utilidades; de tiempo en tiempo hay bonanza; es decir, que se descubren filones que producen veinte, treinta y hasta cincuenta mil pesos por semana durante muchos meses, muchos años; después de lo cual la vena se agota, o bien se pierde la traza, y la venta semanal se reduce a tres o cuatro mil pesos, como en el presente.

Había bonanza en las dos minas en 1848, el Sr. Sardañeta, ex-marqués de Rayas, poseedor de una docena de acciones (una mina se divide en 24 acciones, llamadas "barras"), en la primera, o sea la de Rayas, me llevó a ver una de esas ventas que llaman "rescate". El mineral era admirablemente bello; él se vendió por veinte mil pesos; esto era la mitad de lo que había sido extraído en la semana. Una parte de este mineral dió doscientos ochenta granos de oro por marco de plata; se ha encontrado ahí hasta mil doscientos granos por marco de plata. Los gastos de explotación se elevaban entonces a ocho mil pesos por semana; ellos disminuyen cuando el filón se empobrece.

La venta se hace de la manera más ventajosa para el vendedor y el comprador: cada uno dice un precio a la oreja del pregonero, y la adjudicación se hace al que más ofrece. De esta manera, el comprador no ofrece menos de lo que él cree que la cosa vale con el temor de que ella no se le escape. Para el minero, él vende sus productos cada vez más caros mientras las minas del distrito minero abundan cada vez menos en mineral; puesto que entonces los maestros de talleres, prefiriendo obtener un pequeño beneficio que un paro forzoso, ofrecen más para aumentar la probabilidad de adjudicación a su favor. Si ellos no trabajaran, sus gastos en general subsistirían sin compensación.

En los tiempos de las grandes bonanzas, los maestros de taller ganan enormemente, si ellos entienden bien su negocio. Dos portugueses que conozco han tenido hasta 10,000 pesos de beneficio neto por mes en los años de 1848 y 1849.

El tiro general de Rayas mide alrededor de 42 metros de circunferencia y 400 de profundidad. El señor Sardaneta hizo tirar delante de mí paquetes de estopa prendidos que ardieron cayendo como un fuego de fragua, y petardos cuyas detonaciones eran tan fuertes como las de una pieza de 48.

Esos abismos abiertos a flor de tierra, sin parapeto, son pavorosos al verse. Se comprende instintivamente todo el peligro que habría al aproximarse si se sintiera el menor aturdimiento. Ví a una dama desmayarse, aunque ella se encontraba todavía a muchos pasos del borde. Yo mismo he sentido muchas veces un vértigo inexplicable, pero sin embargo muy común: yo sentía una tendencia diabólica de tirarme en el abismo, hasta el punto de juzgar prudente alejarme.

Es por esos tiros que suben y bajan los empleados de las minas, y hasta los curiosos que quieren evitar la fatiga y la tardanza de la ascensión por las escaleras. Uno se estremece ante la idea de que un hombre permanece suspendido a una cuerda dentro de esta profundidad inconmensurable al ojo; y sin embargo la rareza de los accidentes hace que uno se habitúe a descender ahí sin temor, muchas veces hasta por placer.

Cuentan que un obrero minero de Rayas, cediendo a una tentación satánica, empujó al abismo a su mujer, que había venido a darle de cenar. Y bien, ¿lo creería uno? esta desventurada no murió al caer: encontrando a su alcance, muy cerca del borde, un cable que subía, al cual dos hombres estaban atados, ella se sujetó de él y se encontró prendida entre uno de los hombres y la cuerda: se había salvado. No obstante, la impresión moral que ella recibió fue tal, que permaneció mucho tiempo en un estado cercano a la imbe-

ilidad. En cuanto a su marido, horrorizado ante la enormidad de su crimen, huyó enloquecido y se alejó del país. No se supo jamás lo que de él había sido. No supo que su mujer había sido salvada.

Yo descendí en la mina de Mellado en 1854. Los trabajos interiores son remarcables: uno encuentra ahí planos inclinados sobre los que ruedan carretones llenos de agua o de mineral que se transportan hasta el tiro por dos máquinas a diferentes profundidades movidas por caballos que no ven jamás la luz del sol, y no por éso son menos gordos y de buen porte.

Entre más se adentra uno en la tierra, más el calor aumenta, sin seguir sin embargo una regla constante: disminuye cuando las corrientes de aire se establecen libremente, sobre todo si se encuentran varias a la vez. A alrededor de 300 metros de profundidad, el termómetro centígrado sobrepasa los 27°, siendo la temperatura exterior de 18° .

El medio en el que uno se encuentra en estas profundas cavidades es muy favorable al desarrollo de las fuerzas físicas; los hombres son ahí dos veces más vigorosos. Ahí ví a un minero llevar, sobre un terreno plano, una piedra de 12 quintales, mientras que fuera de la mina los dos tercios de ese peso lo postrarían.

Las desgracias son frecuentes en las galerías de los trabajadores: luego es una bóveda que se derrumba y sepulta una media docena de hombres bajo sus escombros, luego es un imprudente que se convierte en víctima de una explosión. También se lee sobre la puerta de la escalera esta inscripción significativa, que forma el semejante del *Lasciate ogni speranza* de Dante:

¡Oh tú que entras aquí,
no olvides de encomendar tu alma a Dios!

Los obreros mineros ganan seis pesos por semana; ellos descansan el domingo. Cuando la vena ya no es rica, se les deja trabajar por su cuenta, y se comparte el producto con ellos.

Después de haber recorrido las galerías durante muchas horas a pie en la espalda de un hombre o en los carretones, acompañado del Comandante del Convento de la Merced de Mellado, de su hermano el Cura y del Director de la mina Sr. Calzada, éste nos hizo servir una excelente comida, a trescientos metros debajo de la meseta de la colina, y a ochenta alrededor más bajo que la plaza de Guajuato; era tiempo, nos moríamos de hambre.

Fue una escena de magia. Llegamos a un vasto emplazamiento destinado al cargamento de los carretones, nos reposamos sobre sacos de mineral hablando de nuestro apetito, cuando, a una seña del Director, se nos llevó ante nosotros una mesa cargada con profusión de platillos calientes y fríos. La sorpresa no podía ser más agradable. La comida fue larga y animada. Una veintena de mineros alumbraban el servicio; sus antorchas, dando un fulgor rojizo sobre los negros subterráneos, imprimían al cuadro un sello infernal.

Este Comandante de Mellado es un hombre excelente. Después de haber satisfecho concienzudamente los deberes del sacerdocio, se libra a los placeres mundanos, y usa privilegios de su Orden sin abusar de ellos. Había todavía gran fiesta en el convento el 24 de septiembre, día consagrado a Nuestra Señora de la Merced. El mismo abría el baile en los hábitos de religioso. Este hábito es todo blanco, así como el escapulario, la capa y el abrigo. No falta a los monjes de la Merced más que la cruz roja para parecerse a los templarios. Ella se encuentra reemplazada sobre el escapulario por los blasones de la Orden, cuyo escudo lleva una cruz de oro y tres bandas en palo del mismo metal, sobre un campo de fauces.

Cuando San Pedro de Nolasco, gentilhomme languedociano, fundó la orden de la Merced en 1223, los caballeros eran laicos; ellos no abrazaron mas que más tarde el estado eclesiástico, conservando el privilegio de ceñir la espada (no portan la espada desde hace mucho tiempo) y de tomar



parte en todos los recreos lícitos de los laicos, como indemnización de las rudas pruebas que ellos tenían que sufrir por el rescate de los cautivos.

Este buen Comandante me había tomado amistad; después de las damas, yo era el objeto especial de sus atenciones en todas nuestras reuniones. Sensible a tales muestras de afecto, yo no podría hablar de Mellado sin consagrarle una línea que recuerde mis sentimientos de gratitud para con él.

La sociedad es bastante triste en Guanajuato. Los hombres se ven entre ellos para sus asuntos, y las damas se limitan a las visitas de etiqueta; ellas no salen más que para ir a la misa y al paseo si tienen carruaje. Sería necesario

todo el ardor del Comandante para atraer algunas a Mellado.

Los habitantes de esta ciudad pasan por todo México por groseros e intratables; pero este juicio me parece demasiado severo. Aunque es cierto que algunos les falta uso del mundo, es verdad también que se encuentran en ellos cualidades, virtudes, que una justa crítica no debe callar. He notado, por ejemplo, que aunque ellos se libran más difícilmente a los recién llegados que los mexicanos y los morelianos, son en general más francos en sus palabras, más complacientes, más serviciales con sus amigos. El Foro de esta ciudad, que es uno de los primeros en el país por su saber, también es el más moral tal vez por su rectitud en la dirección de los asuntos; los Magistrados que componen los Tribunales son asiduos a sus deberes y más concienzudos en la aplicación de la ley que no lo son ordinariamente los de la provincia; en fin, los habitantes de Guanajuato tienen aún otra virtud que los pone en el primer rango entre los mexicanos: es el amor a la familia. En ninguna parte he visto a madres más cariñosas, más solícitas de sus niños, ni padres más atentos a prevenir sus necesidades y a complacerlos en todas sus cosas. Por último, el carácter de sus hijos es tan amable, que ellos muy raramente abusan de las bondades que se tienen para ellos.

He tenido las relaciones más agradables con el señor Muñoz Ledo, que fue gobernador del Estado bajo la Presidencia de Arista, y que ha ingresado luego en la vida privada: él ha conquistado la estima de todos por sus maneras, su instrucción, su inteligencia y sus virtudes. En verdad, jamás Guanajuato ha tenido a la cabeza de su gobierno un magistrado más lúcido, un administrador más desinteresado. El nombre de Muñoz Ledo figurará dignamente al lado del de Cortazar, cuya memoria se venera.

Entre las damas de la ciudad, he conocido muchas que, ricas de patrimonio, son la providencia de los miserables. Cuando la fortuna está tan bien empleada, Dios puede duplicarla sin que nazca la envidia; lejos de éso, los pobres se

regocijan, puesto que ellos comprenden que su parte será más ancha por ello.

Guanajuato no tiene para sostenerse mas que su comercio interior; éste es muy activo en tiempos de bonanza. Los obreros de las minas y de los talleres ganan mucho, y gastan el domingo todo lo que han recibido en la semana; mientras que los accionistas, creyendo a la fortuna encadenada para siempre, alardean un lujo desenfrenado, y compran sin calcular (he visto vender dos armarios de caoba en 1,400 pesos (7,000 francos), ellos no hubieran valido en México más de 500). De manera que cuando el buen tiempo ha pasado, son los mercaderes los que gozan del beneficio de las minas; los obreros, y seguido hasta los amos, se encuentran tan pobres como antes. Muchos accionistas que han obtenido un millon y medio de pesos de 1843 a 1852 se han arruinado ya, sin haber, empero, vivido con esplendor ni hecho bien a nadie. La negligencia, el desorden, el juego, absorbían dividendos de ¡diez mil pesos por semana!

Son las minas del distrito mineral de la Luz (a cuatro leguas de Guanajuato) las que han producido todas esas grandes fortunas. La mina de la Luz propiamente dicha, ha dado 15 millones de pesos de dividendos a sus accionistas y al aviador Sr. Pérez Gálvez. La de Santa Lucía les ha dejado casi lo mismo. Se dá el nombre de aviador al que continúa con sus gastos y riesgos los trabajos de una mina. Si él encuentra ricos filones, recibe ordinariamente la mitad de los productos después de haberse reembolsado sus anticipos. Su inversión debe ser considerable para esperar buenos resultados. No es mas que haciendo un sacrificio de 2 o 300,000 pesos que se llega a yacimientos abundantes. En la mina de la Asunción, por ejemplo, donde se había excavado ya hasta 440 metros de profundidad, en 1852, sin todavía haber cortado la vena, los anticipos del aviador (casa Pérez Gálvez) ascendían a 450,000 pesos; y, luego, los trabajos todavía no han dado resultados satisfactorios.

Se contaba en 1850 con setenta minas en el Estado de

Guanajuato (había 38 minas en plena actividad, y 32 sólomente sostenidas (amparadas) para que los accionistas no pierdan sus derechos), y cuarenta talleres de primero y segundo orden (es decir Haciendas y Zangarros), haciendo mover mil ciento treinta y dos molinos (arrastre). Para mover 1,132 molinos (arrastres), son necesarias 9,056 mulas, que cuestan su sostenimiento por mes 67,910 pesos, fijando el precio medio de la alimentación de cada bestia a 7 pesos y medio; gastos que se reducirían a la mitad, si se pudieran sustituir las máquinas movidas por mulas por aparatos hidráulicos. Los capitales desembolsados ese mismo año para los trabajos de las minas y de los talleres fueron evaluados en 3 millones de pesos. La Casa de Moneda en Guanajuato acuñó en el mismo tiempo 8,466.430 pesos y 44,342 onzas de oro. La plata y el oro acuñados en 1850 en Guanajuato se elevan a 923,016 marcos, y como se consume alrededor de 10 onzas de mercurio por la extracción de un marco, el consumo no ha sido menor de 5,770 quintales aquel año; lo que representa un capital de 865,500 pesos, a 150 el quintal, precio al cual estaba cotizado entonces. El precio del mercurio ha variado mucho desde hace algunos años; alcanzó 200 pesos el quintal en la época de la invasión de los Americanos en 1848, y cayó a 45 en 1852, cuando los productos de California vinieron a hacer competencia a los de Almadén. Pero desde que los detentadores de este metal se entendieron, el precio ha subido; es de 64 pesos hoy (1855). Jamás ha bajado a menos de 40, ni en el siglo pasado, ni en este.

Al precio en que se vende actualmente, se puede intentar la extracción con algo de provecho, cuando el mineral no contiene menos de tres marcos y medio por 32 quintales y que uno lo tiene bajo la mano. Pero si la mina está alejada muchas leguas del taller, es necesario calcular sobre cinco o seis marcos de plata para hacer su extracción con ventaja. En la época en que el mercurio valía 150 pesos el quintal, el mineral debía contener al menos un marco y medio más de plata para rendir el mismo beneficio.

El valor de la sal consumida por un molino (arrastre) en un año no es menor de 233 pesos, contando la carga de tres quintales a 10 pesos. Se ha pagado en este año (1855) la carga de 15 pesos, a causa de la abundancia de las lluvias que hizo suspender los trabajos de las salinas del Peñón. Desde el 1o. de Enero de 1827 hasta el 31 de Diciembre de 1851, ella ha acuñado por un valor de 99 millones de pesos, en el cual los diez primeros años figuran por 59 millones; es decir, por más de la mitad de lo que ha dado todo el período de 25 años (esta nota estadística fue sacada de la memoria del Sr. gobernador Muñoz Ledo, presentada ante la Legislatura de Estado en 1852). Desde esa época, el producto medio de todas las minas de México no ha sido inferior a 20 millones de pesos por año.

Las minas de México han dado las nueve décimas de toda la plata que circula en el mundo entero, y las de Guanajuato suministran ellas solas los tres cuartos de lo que se tira anualmente del seno de la tierra. La explotación de las minas es entonces una industria importante para México. Sin embargo, lejos de proteger, de estimular el desarrollo de esta fuente de riquezas, el fisco ha gravado la plata, a su salida de la tierra, de 3% de derechos nacionales, de 4% de derechos de circulación, de 6% de derechos de exportación, en fin, de un real por marco por derechos dichos de minería, sin perjuicio, bien entendido, de las contribuciones ordinarias impuestas a los materiales necesarios para la extracción y para el beneficio de este metal, como la pólvora, el mercurio, la sal, etc. No es todo: el minero está obligado a llevar su plata a la Casa de Moneda para ser convertida en piezas que no tienen curso mas que en México. El tiene entonces que soportar los gastos de monedación, una merma inevitable, y la pérdida de una parte del oro que se encuentra contenido en su plata; ya que la separación del oro se hace en México de una forma muy onerosa para dejar provecho, si la plata contiene menos de 16 granos de oro por marco. Y cuando los pesos llegan a Europa, hay todavía nuevos gastos y una nueva merma que soportar para deshacer

lo que ha sido hecho en México; puesto que allá no se reciben los pesos como numerario; no se compran mas que como metal, para darlos luego la forma que conviene a los mercados donde ellas deben servir al intercambio.

¿Qué diríamos nosotros de los economistas ingleses, dice el Sr. Stephenson (*Reformas de hacienda*, Guanajuato), si ellos no permitieran la explotación de su hierro mas que en forma de cuchillos, por ejemplo, y aún a condición de que esos cuchillos no sirvieran a ningún otro pueblo, de manera que uno estaría obligado de llevarlos de nuevo a la fragua para hacer barras, hojas de arado, etc? Nosotros creeríamos ciertamente que esos hombres han sido abandonados por Dios, que ellos han caído en el cretinismo. Esto es sin embargo lo que los economistas mexicanos hacen desde hace treinta años, sacrificando así la industria nacional, el interés del comercio y el de todo el mundo, por una renta cuya importancia no responde ciertamente al mal que ha



sido hecho. No hay cambio en las operaciones económicas mas que el nombre del metal.

Observamos también que no se puede exportar la plata transformada en pesos mas que por ciertos puertos y en ciertas épocas, lo que es una traba al comercio y un obstáculo para el negociante, que seguido tiene necesidad de enviar remesas al extranjero, en el más breve plazo.

Como los derechos de exportación hacen sufrir grandes pérdidas a los negociantes, ellos se ven forzados a elevar el precio de las mercancías, de manera que es la nación entera y el pobre en particular quienes sufren de esta mala legislación.

Pocas industrias han sido tan maltratadas por el Gobierno Mexicano como la de la minería. Uno no debe entonces asombrarse de ver tantas gentes arruinarse en el trabajo de las minas, las cuales se enriquecerían sin duda bajo una administración más paternal y más lógica. El día en que el gobierno permita la libre explotación en lingotes de la plata y del oro, sin imponer a esos metales impuestos ni trabas, se podrá beneficiar mineral de una ley mucho más baja que de 5 marcos por 32 quintales (se cuenta por 32 quintales en Guanajuato y por 30 en Real del Monte), y se explotará con provecho una infinidad de filones, que se encuentran ahora abandonados porque no son lo suficientemente ricos para sostener cargas tan pesadas. La ciudad de Guanajuato entrará entonces en una era de prosperidad que ella no ha conocido aún: se tomarán de nuevo todos los filones abandonados; se trabajarán una multitud de otros que surcan las montañas de esta parte de las cordilleras, y yo no temo de ser tildado de exagerado pronosticando que en vez de 5 a 6 millones de pesos que el Estado de Guanajuato produce anualmente, él proveerá de 12 a 15 a la circulación. La planicie del Bajío, que nosotros encontramos saliendo de Guanajuato, se extiende desde León hasta Querétaro; ella tiene alrededor de sesenta leguas de largo sobre ocho a diez de ancho. Una diligencia ligera y rápida nos transporta

a su extremo más alejado, pasando por las pequeñas ciudades de Irapuato, de Salamanca y de Celaya, famosas por la fertilidad de sus campiñas.

Las tierras del Bajío rinden comúnmente treinta granos por uno de trigo por año, sin jamás recibir abono. Sólomente se tiene cuidado de tenerlas en barbecho un año sobre dos. Este reposo es suficiente para devolverles toda su virtud productiva. Hay también algunos pequeños cantones donde se recolecta de cincuenta a sesenta por uno (vean el *Ensayo sobre la Nueva España* del Sr. Humboldt) cada año, y siempre sin abono. Esto es lo que se ve, por ejemplo, en la bella hacienda llamada Cañada de Negros, a algunas leguas de León.

Uno se dará una idea de esta prodigalidad de la "Ceres Mexicana" reflexionando en que no se recolecta en Francia más que siete veces la simiente, término medio y quince veces en los mejores terrenos.

¡Cosa sorprendente! en el seno de una tal abundancia de bienes de la tierra, se encuentran más mendigos que en otra parte: ellos pululan en las pequeñas ciudades del Bajío. Apenas la diligencia se detiene, un círculo de indigentes desarrapados, de ciegos, de mutilados, se forma alrededor de las portezuelas. Sus súplicas son tan insistentes, que, aunque la mendicidad desvergonzada inspira poco interés, uno no sabría permanecer sordo ahí: se les tira rápidamente una limosna para librarse de su importunidad. Los propietarios de haciendas, en el Bajío, debieran ser más generosos hacia sus gentes de gleba de lo que se es en cualquier otro lugar, considerando las riquezas que les da la agricultura. Sin embargo no es así: ellos los tratan al contrario, con un rigor, una injusticia que uno no sabría censurar demasiado. Un peón no recibe por día mas que dos reales para él y para su familia, sin ningún otro socorro en natura; y si él quiere criar un puerco, una vaca, está obligado a dar a su amo la mitad del valor del puerco o del becerro que acaba de nacer. Si quiere cultivar una porción de terreno, todos los gastos de

labranza, de simientes, de escardo, etc, quedan a su cargo. Tiene que dar todavía al propietario la mitad de su cosecha. He ahí porqué los infelices habitantes del Bajío no pueden avanzar nada, y no tienen mas que la miseria en perspectiva para sus días de viejos.

Ningún gran río riega la planicie del Bajío; hasta los riachuelos son muy raros ahí. Pero se remedia ese defecto natural con presas de una gran extensión, donde se retiene el agua de las lluvias que se esparce en la primavera, cuando las cosechas comienzan a sufrir de la sequía.

Querétaro es una ciudad de alrededor de 40,000 almas. Ella es notable por la extensión de sus habitantes, las flores de sus jardines y, en fin, por la dulzura de su clima.



BIBLIOGRAFIA

Le Mexique

Mathieu de Fossey.
Henri Plon, Editeur,
Paris, France,
1857.

Viaje a México

Mathieu de Fossey.
México,
1844.

Enciclopedia de México

Tomo IV,
Página 758,
México.

La emigración en México (1821-1857)

Dieter George Berninger.
Sep Setentas, S.E.P.
México.

Viajes en México. Crónicas extranjeras.

Selección, traducción e Introducción de Margo Glantz.
Secretaría de Obras Públicas,
México.

La Vida en México

Madame Calderón de la Barca.
México,
1959.

